



Semillas de Cambio

Herramientas para cultivar la participación adolescente



Estrategia Para Aprender a Cuidarnos

RED DE PARTICIPACIÓN
ADOLESCENTES
EN MOVIMIENTO
POR SUS DERECHOS



unicef 

para cada infancia



Cuentos, Fábulas, Retahílas y Trabalenguas para Terapias Lúdicas

*Un programa para la recuperación psicoafectiva
de niñas, niños y adolescentes en situaciones de
emergencia y desastres.*



Cuentos, Fábulas, Retahílas y Trabalenguas para Terapias Lúdicas

*Un programa para la recuperación psicoafectiva
de niñas, niños y adolescentes en situaciones de
emergencia y desastres.*

Cuentos, Fábulas, Retahílas y Canciones

Programa Retorno a la Alegría

República Dominicana, 2010

Coordinación General:

Programa de Emergencia, UNICEF-República Dominicana

Cuidado Editorial:

Oficina de Comunicación, UNICEF- República Dominicana

Compiladora:

Ángela Caba

Diseño y Diagramación:

Iván López

Ilustración:

Wi-Hem Fung

Impresión:

Primera Edición, 2010

1,500 ejemplares

Con el apoyo de la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo



Agencia Andaluza de
Cooperación Internacional para el Desarrollo
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

unicef 
únete por la niñez

© **Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia UNICEF**
Avenida Anacaona 9, Casa de las Naciones Unidas, 3er. Piso,
Mirador Sur, Santo Domingo, D.N. República Dominicana
Tel. 809 473 7373, Fax 809 473 7272
santodomingo@unicef.org
www.unicef.org/republicadominicana



Presentación

El Retorno a la Alegría es un programa de recuperación psicoafectiva orientado a niñas, niños y adolescentes en situaciones de emergencia o desastre, para reducir la secuela de daños emocionales que puede ocurrir en esa población, fomentar su resiliencia y restablecer su funcionamiento.

El programa ha sido implementado en Mozambique, Nicaragua, Paraguay y Colombia, entre otros países. En República Dominicana ha sido utilizado durante la intervención posterior a la riada de Jimaní (2004) y a las tormentas Noel y Olga (2007). Esas experiencias evidenciaron la necesidad de adaptar los materiales del programa al contexto y a la cultura dominicanos.

La versión dominicana del Retorno a la Alegría incluye cuatro manuales: Manual de implementación para Instituciones Ejecutoras, Manual de Capacitación, Manual para Educadores Guías y Manual de Terapias Lúdicas. De esta manera, cada uno de los roles involucrados en el programa cuenta con una guía de actividades a realizar para el adecuado desarrollo del programa.

También incorporamos una compilación de Cuentos, Fábulas, Retahílas y Trabalenguas, para apoyar el trabajo de las sesiones de terapia lúdica. Los cuentos y fábulas fueron seleccionados para facilitar y/o fortalecer la resiliencia en niñas, niños y adolescentes, de manera que puedan atravesar las crisis por eventos naturales o antrópicos sin consecuencias traumáticas que amilanen su vocación para ser felices y llegar a la adultez con plena capacidad de afrontar las distintas adversidades que la vida les depara.

Esta versión dominicana ha sido posible gracias a la participación de personas e instituciones que con su trabajo y experiencia han enriquecido la estrategia. Nuestro profundo agradecimiento para todos aquellos que con su trabajo voluntario contribuyeron a aliviar el dolor y devolver la sonrisa a las niñas y niños afectados por el desbordamiento del río Blanco y por las tormentas Noel y Olga; a las Organizaciones No Gubernamentales que trabajaron en la implementación del programa, como Visión Mundial, UCODEP y Plan Internacional; a la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD, la Red Universitaria de Salud Mental en Desastres, REDOSMED, y el Colegio Dominicano de Psicólogos, CODOPSI, cuyos profesionales y estudiantes de término fortalecieron las redes del Retorno a la Alegría.

Es nuestro deseo que los materiales del Retorno a la Alegría jamás necesiten ser utilizados a causa de una emergencia o desastre, que además de generar dolor incrementan la pobreza de los pueblos y aumentan la vulnerabilidad de las niñas y niños ante todo tipo de abuso. Ojalá que todas las actividades lúdicas aquí propuestas, se utilicen en los tiempos de paz, de manera preventiva, fortaleciendo la asertividad de nuestros niños, niñas y adolescentes para que crezcan en una mejor relación con el medio ambiente, con apego a los valores humanos, y plenos de alegría y aprecio por la vida.

Françoise Gruloos-Ackermans
Representante UNICEF en República Dominicana

Contenido

	Páginas
Introducción	08
Los Tres Cerditos	13
Por : Anónimo	
Las Antenitas de Papel	15
Por : Ana Janet Branagan	
El Gato con Botas	19
Por : Jacobo y Guillermo Grimm	
Los Regalos de los Duendes	25
Por : Jacobo y Guillermo Grimm	
El Monito Feliz	28
Programa Retorno de la Alegria, Colombia 2007	
Buenas Noches	32
Programa Retorno de la Alegria, Colombia 2007	
El Muchacho que nunca Tembló	34
Por: Jacobo y Guillermo Grimm	
Ricitos de Oro	47
Por: Jacobo y Guillermo Grimm	
El Pájaro Grifo	50
Por: Jacobo y Guillermo Grimm	
La Mesa, el Burro y el Palo Brincador	65
Por: Jacobo y Guillermo Grimm	
Los Cuatro Hermanos Ingeniosos	78
Por: Jacobo y Guillermo Grimm	

	Páginas
El León y los Tres Toros <i>Por: Esopo</i>	84
Los Dos Caminantes <i>Por: Jacobo y Guillermo Grimm</i>	86
El Pájaro de Oro <i>Por: Jacobo y Guillermo Grimm</i>	97
El Patito Feo <i>Por: Hans Christian Andersen</i>	105
Caperucita Roja <i>Por: Jacobo y Guillermo Grimm</i>	116
Yorinda y Yoringuel <i>Por: Jacobo y Guillermo Grimm</i>	120
Cuento Terapéutico Subliminal para dormir a los enanos y las enanas <i>Por: Juan Carlos Campos Sagaseda (Koldo)</i>	123
Retahílas	127
Trabalenguas	131

Introducción

La voz es el primer instrumento musical, capaz de comunicar afecto en base a ritmos y tonos, a cadencias y tensiones. El lenguaje comunica afectos, más allá de la semántica. El cuento se capta como el arte, nos transforma y no sabemos decir cómo fue. Los cuentos son para ser contados más que para ser leídos. El cuento contado transmite una serie de mensajes que no transmite el cuento leído.

Los cuentos transmiten una educación moral, se dirigen a todos los aspectos de la personalidad, y van directo al hemisferio no racional del cerebro, lo que facilita en los niños y niñas la incorporación de pautas de comportamiento basadas en valores sin necesidad de analizarlas y utilizando esas pautas tan pronto se da la circunstancia que lo amerita. Además, reflejan las profundidades del alma humana, sus conflictos, ansiedades y aspiraciones, estimulan la confianza del niño y les enseñan como superar sus dificultades de crecimiento. Las angustias de separación, de abandono, la avidez oral, los celos fraternos, el conflicto edípico, renunciar a la dependencia infantil etc. son partes de las problemáticas que podrían tocar los cuentos infantiles. (Paliza, R.M. 2007)

El Programa de UNICEF “Retorno a la Alegría”, incorpora en el maletín para terapias lúdicas una selección de cuentos, tradicionales o de hadas y contemporáneos, con el objetivo de desarrollar y fortalecer la resiliencia y facilitar la elaboración del duelo por pérdidas sufridas y el trauma por el impacto del desastre en los niños y niñas atendidos por el programa.

En el caso de los cuentos de hadas, se recomienda utilizar las versiones originales de los mismos, cuya eficacia ya ha sido probada y demostrada por distintas investigaciones. No se recomiendan las versiones adaptadas o abreviadas porque trastocan la historia echando a perder los valores que de ellos se aprenden.

Los cuentos están disponibles impresos, para la lectura por las y los Terapeutas Lúdicos, y en grabación de audio en disco compacto, de manera que puedan utilizar los reproductores de disco o leerlos desde el impreso. El empleo de un tono de voz y unas acciones apropiadas para el cuento será importante para transmitir el sentimiento del mismo.

Pueden agregarse o sustituirse por otros cuentos que, previa valoración, se consideren

adecuados para facilitar el proceso de duelo y fomentar la resiliencia en niñas, niños y adolescentes.

No es necesario disponer de cuentos ilustrados, ya que cada niño y cada niña forman su propia imagen mental de los personajes, y al final de la lectura se les puede pedir que dibujen o modelen en masilla su personaje o escena favorita de la historia que escucharon.

El “Cuento Terapéutico Subliminal para dormir a los Enanos y las Enanas” de Juan Carlos Campos se incluye como recomendación para madres, padres, tutoras y tutores con las niñas y niños que presenten trastornos para conciliar el sueño.

También se agregan algunas Retahílas y Trabalenguas. Las Retahílas pueden utilizarse para dividir al grupo en subgrupos o en parejas y para escoger al azar a un/una participante. Los Trabalenguas son juegos de palabras con sonidos y pronunciación difíciles; útiles para ejercitar y mejorar la forma de hablar de las niñas y los niños de manera divertida. Comience recitando lentamente cada frase y luego a repetirlas cada vez más rápido.

*Los trabalenguas se han hecho para destrabar la lengua,
sin trabas ni mengua alguna.
Y si alguna mengua traba tu lengua,
con un trabalenguas podrás destrabar tu lengua.*



Los Cuentos

Los cuentos transmiten una educación moral, se dirigen a todos los aspectos de la personalidad, y van directo al hemisferio racional del cerebro, lo que facilita en los niños y niñas la incorporación de pautas de comportamiento basadas en valores sin necesidad de analizarlas y utilizando esas pautas tan pronto se da la circunstancia que lo amerita. Además, reflejan las profundidades del alma humana, sus conflictos, ansiedades y aspiraciones, estimulan la confianza del niño y les enseñan como superar sus dificultades de crecimiento. Las angustias de separación, de abandono, la aidez oral, los celos fraternos, el conflicto edípico, renunciar a la dependencia infantil etc. son partes de las problemáticas que podrían tocar los cuentos infantiles. (Paliza, R. M. 2007).

Los Tres Cerditos

Por : Anónimo



unto a sus papás, tres cerditos habían crecido alegremente en una cabaña del bosque. Y como ya eran mayores, sus papás decidieron que era hora de que hicieran, cada uno, su propia casa.

Los tres cerditos se despidieron de sus papás, y fueron a ver cómo era el mundo.

El primer cerdito, el perezoso de la familia, decidió hacer una casa de paja. En un minuto la choza estaba hecha. Y entonces se echó a dormir.

El segundo cerdito, un glotón, prefirió hacer una cabaña de madera. No tardó mucho en construirla. Y luego se echó a comer manzanas.

El tercer cerdito, muy trabajador, optó por construirse una casa de ladrillos y cemento. Tardaría más en construirla pero se sentiría más protegido. Después de un día de mucho trabajo, la casa quedó preciosa. Pero ya se empezaba a oír los aullidos del lobo en el bosque.

No tardó mucho para que el lobo se acercara a las casas de los tres cerditos. Hambriento, el lobo se dirigió a la primera casa y dijo:

- ¡Ábreme la puerta! ¡Ábreme la puerta o soplaré y tu casa tiraré!.

Cómo el cerdito no la abrió, el lobo sopló con fuerza, y derrumbó la casa de paja.

El cerdito, temblando de miedo, salió corriendo y entró en la casa de madera de su hermano.

El lobo le siguió. Y delante de la segunda casa, llamó a la puerta, y dijo:

- ¡Ábreme la puerta! ¡Ábreme la puerta o soplaré y tu casa tiraré!

Pero el segundo cerdito no la abrió y el lobo sopló y sopló, y la cabaña se fue por los aires. Asustados, los dos cerditos corrieron y entraron en la casa de ladrillos de su hermano.

Pero, cómo el lobo estaba decidido a comérselos, llamó a la puerta y gritó:

- ¡Ábreme la puerta! ¡Ábreme la puerta o soplaré y tu casa tiraré!

Y el cerdito trabajador le dijo:

- ¡Sopla lo que quieras, pero no la abriré!

Entonces el lobo sopló y sopló. Sopló con todas sus fuerzas, pero la casa no se movió. La casa era muy fuerte y resistente. El lobo se quedó casi sin aire.

Pero aunque el lobo estaba muy cansado, no desistía.

Trajo una escalera, subió al tejado de la casa y se deslizó por el pasaje de la chimenea. Estaba empeñado en entrar en la casa y comer a los tres cerditos como fuera. Pero lo que él no sabía es que los cerditos pusieron al final de la chimenea, un caldero con agua hirviendo.

Y el lobo, al caerse por la chimenea acabó quemándose con el agua caliente. Dio un enorme grito y salió corriendo para nunca más volver.

Y así, los cerditos pudieron vivir tranquilamente. Y tanto el perezoso como el glotón aprendieron que sólo con el trabajo se consigue las cosas.

Las Antenitas de Papel

Por : Ana Janet Branagan



Cada ser es excepcional, sólo que a veces nos toma tiempo saber en que modo cada uno de nosotros lo somos. Esta historia se desarrolla en una colonia de hormigas, donde casi todas deben realizar tareas parecidas. En una misma colonia todas las hormigas son muy parecidas... excepto Orfila.

Orfila era una hormiga muy especial: Había nacido sin antenas. Su madre, para que no se burlaran de ella, le había fabricado unas antenas de papel. Con buena intención las había hecho largas, lo que también las hacía lucir graciosas y algo ruidosas, por ejemplo cuando hacía viento sonaban como si aplaudieran. Eso provocaba que las demás hormigas se burlaran y se rieran. A veces, Orfila las tejía para que no hicieran ruido, pero de todas formas cuando las hormigas están ocupadas mueven las antenas sin parar, por lo que se soltaban. Casi se resignaba a que cualquier cosa que hiciera de cualquier manera las demás hormigas de la colonia se burlarían de ella.

De alguna manera nos perturba lo que es diferente. A las demás hormigas no les gustaba estar junto a ella, y la evitaban al momento de formar los grupos para jugar o trabajar. Cuando tenían que hacer la distribución de los oficios más importantes de la colonia, tales como buscar alimentos, examinar algún nuevo terreno, defender o proteger la colonia de intrusos, excavar túneles y cámaras subterráneas, reparar el

nido y cuidar los huevos, las compañeras se las arreglaban de alguna manera, para que siempre le tocara a Orfila el servicio de cuidar los huevos de la reina, pues consideraban ese trabajo aburrido. Sin embargo, Orfila comprendía la importancia de proteger los huevecillos y las larvas, pues sabía que de ello dependía el futuro de la colonia.

Pero en ocasiones cuidar de los huevos y las larvas, era un trabajo muy extenuante, sobretodo cuando hacía mucho frío o había humedad, porque los huevos y las larvas debían ser mudados hacia otra cámara en mejores condiciones.

Un día que parecía iba a ser rutinario, tras un largo servicio, Orfila se había quedado dormida poco más tiempo del acostumbrado. Al ratito de despertar se percató de que no había otras hormigas en el hormiguero, ni siquiera su madre que con frecuencia estaba cerca de ella para evitar que la molestaran demasiado y pocas veces salía de casa. Así que supuso que algo muy serio debía estar ocurriendo por lo que decidió investigar.

Fue a la cocina, pero no vio a nadie:

-Qué extraño, aquí siempre hay alguien preparando los alimentos o cocinándolos. Dijo asombrada.

Caminó hacia el almacén. Entró con cautela mientras observaba con mucho cuidado el lugar. Entonces dijo:

- ¡Qué raro. Aquí siempre hay un grupo de hormigas ordenando las provisiones y distribuyéndolas en el almacén!

De repente recordó la cámara especial, el lugar donde la reina colocaba sus huevos, siempre custodiado y al que no se le permitía a casi nadie entrar. Quedaba justo delante de donde Orfila realizaba su trabajo

Una hoja que hacía de puerta separaba ambas cámaras. ¡Estaba abierta, lo que pasaba era muy malo! Miro hacia el otro extremo, y los pequeños huevos y las larvas estaban solos y hambrientos.

¡OH, NO!, –Exclamó–

Rápidamente, mientras sus antenas hacían gran ruido por lo agitada que estaba, Orfila les dio de comer a las larvas y las durmió, acomodó mejor los huevos y salió del lugar dispuesta a averiguar qué estaba sucediendo. Se quitó las antenas para que no estorbaran.

Como no encontró a nadie en el hormiguero ni indicios de daños que dieran pautas de lo que había pasado, decidió subir a la superficie. Al hacerlo, vio algo que la asustó muchísimo. El espantoso oso hormiguero Gimo estaba colocando todas las hormigas en un cuenco, y lo peor: ¡Las hormigas estaban entrando por su propia voluntad!

El Gimo reía y decía:

– ¡Que genio soy!, “Me comeré un poco hoy y otro poco mañana, ya luego volveré por los huevos y las larvas”.

Mientras decía estas palabras y se alababa a sí mismo, hacía sonar de cuando en vez, una varita de bambú perforada.

Orfila escuchaba la tonada... entonces entendió.

El oso Gimo tocaba esa flauta y tenía a todas las hormigas de su colonia hechizadas, ¡Qué malvado era Gimo! Tocaba la música especial de la reina. Gimo sabía que la reina no estaba en el hormiguero y que las hormigas creerían que era ella quien les hablaba, mientras tocaba la tonada; pero como las antenas de Orfila eran de papel, el sonido se filtraba y no tenía en ella el efecto del hechizo.

–Debo hacer algo. –Dijo– ¡OH, ya sé!

Corrió al otro extremo del hormiguero para salir sin ser vista por Gimo. Llevaba consigo una espina bien larga, de hecho para ella era muy pesada. Con mucho cuidado se paró cerca de las patas de Gimo y la colocó para que...

-¡AY! ¡Me duele, me duele! Gritaba Gimo, mientras daba saltos y gritos de dolor.

Eso era lo que Orfila quería, que Gimo pisara la espina. Y zass!, al hacerlo, soltó el cuenco y la varita de bambú cayó colina abajo hasta el arroyo donde se hundió en el agua.

Todas las hormigas recobraron el sentido común y corrieron a protegerse en el agujero del hormiguero. Ya no había tanto peligro porque Gimo cojeando y gritando por el dolor, se alejaba. Todos en la colonia estaban felices y agradecidos de que Orfila las hubiera salvado.

Cuando la reina regresó, condecoró a Orfila por su valentía y la declaró Guardiana Oficial de la Ciudad de la Hormigas. Ante todos, Orfila se quitó sus antenas de papel por segunda vez y jamás las volvió a usar.

Orfila había demostrado que ser diferente puede ser provechoso, porque desde lo que cada uno es, siempre de alguna manera podemos ayudar cuando los demás no pueden.-

El Gato con Botas

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Había Una vez un molinero que tenía un molino de viento, tres hijos, un burro y un gato. Los hijos habían trabajado desde muy pequeños, moliendo el grano; el burro trabajaba llevando sacos de harina, y el gato trabajaba cazando los ratones del molino.

Y cuando el molinero se murió, los hijos se repartieron la herencia: el mayor se quedó con el molino y el segundo con el burro. El tercero cogió el gato, porque no le quedaba otra cosa; y estaba fastidiado con su suerte y decía:

-¡Vaya una herencia que me ha tocado! Mi hermano mayor podrá moler el trigo, el segundo irá montado en burro, y yo, ¿qué voy a hacer con un gato? Como no me haga unas manoplas con su piel, no sé para qué me va a servir.

Entonces el gato le dijo con su vocecita suave:

-Oye, no me mates; mi piel no vale la pena, y te quedarían unas manoplas bastante feas. Es mejor que me hagas unas buenas botas, y podré lucirme entre la gente y te ayudaré.

El hijo del molinero se asombró del talento del gato, y le mandó hacer un par de botas estupendas. Cuando se las terminaron, el gato se las puso, metió un poco de trigo en un talego, y salió andando como una persona, con el talego al hombro.

En aquel país mandaba un rey que siempre estaba comiendo perdices. Y aunque había bastante perdices entre los surcos de los campos, a fuerza de cazarlas las habían vuelto muy desconfiadas y los cazadores ya no podían matar ninguna. El gato, que lo sabía pensó sacar provecho del capricho del rey; se fue al campo abrió el talego, echó por el suelo el trigo y colocó la cuerda del talego formando un lazo por la tierra; escondió detrás de unas matas el otro cabo de la cuerda, y se escondió él también a esperar a sus víctimas.

Las perdices llegaron en seguida a comerse el trigo, y el gato las fue cazando y las metió en el talego. Cuando ya lo tuvo lleno, lo ató bien y se lo echó al hombro y se fue hacia el palacio del rey.

Al llegar a las puertas del palacio, un centinela le gritó:

-¡Alto! ¿Quién vive?

-¡Yo vivo y quiero ver al rey!

¿Estás loco? ¡Un gato que pretende ver al rey!

Y entonces dijo el otro centinela:

-Mira, déjale pasar, el pobre rey se aburre mucho, y le divertirá ver este gato con botas.

Así que el gato entró a ver el rey, le hizo una reverencia y dijo con un vozarrón imponente:

-Mi señor el conde me envía a traer a su Majestad estas perdices.

El rey vio las perdices y se puso contentísimo; y luego mandó que le dieran al gato mucho dinero, y el gato lo metió en el talego y el rey dijo:

-Lleva el dinero a tu amo, y dale las gracias de mi parte por su regalo.

Mientras tanto, el pobre molinero estaba en su casa muy triste, porque se había gastado en las botas del gato el dinero que le quedaba; y

de pronto se abrió la puerta, y el gato entró y le dejó a su amo el saco a los pies, lo desató, le enseñó todo aquel dinero y le dijo:

-Aquí tienes, por las botas que me has comprado. Y de parte del rey, que muchos recuerdos y que muchas gracias.

El molinero se quedó muy sorprendido: le encantaba tener tanto dinero, pero no comprendía el recado del rey; el gato le explicó su aventura mientras se quitaba las botas, y luego le dijo:

-Hoy te he traído mucho dinero, pero mañana me volveré a poner las botas y haré algo más por ti. Ah, por cierto, que le he dicho al rey que eres un conde.

Y a la mañana siguiente el gato se volvió a poner las botas y salió al campo; cazó otro talego de perdices, se las llevó al rey y el rey le dio otro montón de dinero para su amo. Así estuvo el gato muchos días, cazando perdices y llevándoselas al rey; y en el palacio real ya le conocía todo el mundo y le querían mucho, y él entraba allí como Pedro por su casa.

Un día estaba el gato en la cocina del rey calentándose junto al fuego, cuando entró un cochero viejo, refunfuñando:

-¡Mecachis en el rey y en la dichosa princesa! Ahora que iba a beberme unas copas en la taberna con mis amigos, me manda a llamar para que les lleve de paseo por las orillas del lago...

El gato no perdió tiempo; salió corriendo a casa de su amito, y le llamó desde lejos, gritando:

-¡Si quieres ser un conde de verdad, vete en seguida al lago y métete en el agua!

El molinero no sabía qué hacer; pero como su gato era tan listo, le obedeció: fue al lago, se quitó la ropa y se metió en el agua. Y el gato cogió la ropa de su amo y la escondió entre las matas de la orilla. Y en aquel momento, llegó la carroza del rey, y el gato la paró y se puso a gritar:

-¡Majestad, Majestad! ¡Qué disgusto! Mi amo se estaba bañando en el lago, y han venido unos ladrones y le han robado la ropa. Y ahora no puede salir del agua, y va a coger una pulmonía.

El rey mandó a uno de sus criados a palacio, a buscar uno de sus vestidos reales para el amo del gato; y el molinero se puso los vestidos del rey.

Y como el rey creía que aquel muchacho era un conde y estaba muy agradecido por todas las perdices que le había mandado, le hizo subir a su carroza. La princesa se alegró, porque aquel joven era muy guapo, y con el traje del rey estaba más guapo todavía.

Y mientras la carroza seguía por el camino, el gato se adelantó y llegó a una pradera donde había muchos trabajadores segando heno. El gato les preguntó:

-¿De quién es este prado?

-Del brujo del pueblo –le contestaron los campesinos.

Y el gato les dijo:

-Mirad, amigos; dentro de unos momentos va a llegar la carroza del rey, y cuando pregunte quién es el amo de este campo, tenéis que decir: “Es del señor conde”: Si no hacéis lo que os digo, os pasará una desgracia.

El gato siguió corriendo y llegó a un trigal muy grande; y a los segadores que trabajaban en él les preguntó:

-¿De quién es este trigal?

-Es del brujo del pueblo.

El gato les dijo lo mismo que a los campesinos del prado: que si el rey preguntaba quien era el amo del trigal dijeran que era el conde.

Siguió corriendo, y llegó a un hermoso bosque de robles, donde había muchos leñadores cortando árboles; el gato le preguntó:

-¿De quién es este bosque?

-Es del brujo del pueblo –dijeron los leñadores; y el gato volvió a ordenarles que si el rey preguntaba quién era el amo del bosque, dijeran que era del conde.

Siguió corriendo por el camino; todos se le quedaban mirando, porque resultaba muy raro ver un gato con botas andando como una persona; llegó al palacio del brujo, y entró en el salón. El brujo estaba allí sentado, y el gato le hizo una reverencia y le dijo:

-¡Oh gran hechicero, oh sabio! He oído decir que puedes convertirte en el animal que quieras, pero que no te puedes convertir en elefante. ¿Es eso verdad?

-¿Qué no me puedo convertir en elefante? ¡Mira!

Y, en un momento, el brujo se convirtió en un elefante enorme.

-¡Maravilloso! –dijo el gato. ¿Y puedes convertirte en león?

-Eso es un juego para mí –dijo el brujo, y se convirtió en león.

-¡Eres un verdadero artista! –dijo el gato, un poquitín asustado del león que tenía enfrente-. Pero seguramente te resulta más difícil convertirte en un animal pequeño, por ejemplo, en un ratoncito...

-¿Difícil? ¡Qué bobada!

El hechicero se convirtió en ratón y entonces el gato se hizo sobre él y se lo comió.

Y mientras tanto el rey, su hija y el conde iban en la carroza y pasaron al lado del prado donde segaban heno, y el rey preguntó a los campesinos:

-¿De quién es esta pradera tan hermosa?

-Es del señor conde –dijeron los campesinos.

Tenéis una buena finca, conde –dijo el rey al molinerito.

Y luego pasaron junto al bosque de robles, y el rey preguntó a los leñadores:

-¿De quién es este bosque?

-Del señor conde, Majestad.

El rey miró al molinero con admiración, y le dijo:

-Debéis ser un hombre muy rico, conde. Ni yo mismo tengo un bosque tan magnífico como éste.

Y por fin llegó la carroza al pie de un palacio grande y lujoso, que era el del brujo; y en lo alto de la estancia estaba el gato, que salió a recibir al rey, le abrió la puerta de la carroza con una reverencia, y dijo:

-Majestad, entrad en el palacio de mi señor el conde, que toda la vida recordará este honor.

El rey bajó de la carroza, se quedó admirado del palacio, y le entró un poquito de envidia, porque su palacio real no era tan grande ni tan bonito. Y entonces, el molinero dio el brazo a la princesa y la llevó al salón principal, que estaba lleno de adornos de oro y de perlas: el pobre hijo del molinero se encontró convertido en un hombre rico y noble, gracias a su gato. Y la princesa quiso casarse con él, y cuando se celebró la boda, el gato iba delante de los novios echando flores por el suelo con mucha alegría.

Y cuando el rey se hizo viejecito y murió, el marido de su hija se quedó de rey de aquel país, y como todo se lo debía a su gato, le nombró Gran Chambelán de la corte, y el gato se dio mucho postín.

Los Regalos de los Duendes

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Un sastre y un platero iban caminando juntos por el mundo, cuando una tarde oyeron una música a lo lejos. Era una música extraña pero muy alegre, y al oírla se animaron y caminaron más de prisa. Llegaron a un montecillo en el momento en que salía la luna, y se quedaron asombrados al ver allí a muchos hombrecitos y mujercitas muy pequeños, que bailaban en coro y saltaban con mucha alegría; y estaban cantando aquella canción rara y alegre que habían oído desde lejos. En el centro del corro había un viejecito un poquitín más alto que los otros, con un traje de colorines y una barba larguísima y blanca. El sastre y el platero se quedaron un buen rato mirando a los bailarines, y en esto, el viejecito los vio y los llamó para que se sentaran a su lado; el platero era muy decidido y entró él primero en el corro. El sastre era algo más tímido, y al principio no se atrevía, pero al fin perdió el miedo porque los veía a todos tan alegres y simpáticos.

Los dos caminantes se sentaron junto al viejecito, y los otros siguieron bailando y cantando; y de pronto, el viejecito sacó un cuchillo enorme que llevaba en el cinturón, empezó a afilarlo y miró a los caminantes. Ellos se quedaron muertos de miedo; y el viejecito, sin decir una palabra, agarró al platero y le cortó de dos tajos el pelo y la barba, y luego hizo lo mismo con el sastre. El viejecito se echó a reír y les dio unas palmadas en la espalda, y entonces se les pasó el miedo. Luego el viejecito enseñó unos montones de carbón que había allí a su lado, y les dijo por

señas que se metieran el carbón en los bolsillos. Los caminantes no sabían para qué iba a servirles el carbón, pero no quisieron desairar al viejo y se llenaron los bolsillos, y luego se despidieron y se marcharon a buscar alguna casa donde pasar la noche.

Llegaron al valle, y oyeron que la campana de algún convento daba las doce; y en aquel momento, los duendecillos dejaron de cantar y reír, y el campo se quedó sólo callado a la luz de la luna. Los caminantes encontraron una posada, y se echaron a dormir sin desnudarse, porque estaban cansadísimos. Por la mañana, al sentir que el traje les pesaba mucho, se metieron las manos en los bolsillos y se quedaron de una pieza; ya no tenían carbón, sino grandes pedazos de oro puro. Y además les había vuelto a salir el pelo y la barba.

Estaban encantados; de la noche a la mañana se habían convertido en hombres ricos, sobre todo el platero, que era un aprovechado y se había metido mucho carbón en los bolsillos. Y como era tan ambicioso, le dijo al sastre que sería mejor quedarse allí y volver por la noche a la colina para pedirle más carbón al viejecito. Pero el sastre dijo:

-Yo me contento con lo que tengo; ahora pondré un buen taller, me casaré con mi novia y seré muy feliz.

Pero el platero se puso muy pesado, y el sastre se quedó en la posada para hacerle compañía. Cuando ya se había puesto el sol, el platero cogió un par de sacos para llevarse todo el carbón de la colina, y al salir la luna, fue en busca de los duendes, y se encontró cantando y bailando como la noche anterior. El viejecito le volvió a cortar el pelo y la barba, y le dijo por señas que cogiera carbón; el platero se llenó bien los bolsillos y cargó los sacos hasta el borde, y luego se volvió a la posada donde le esperaba el sastre y se echó a dormir. Y, en cuanto se despertó, metió las manos en los bolsillos. ¡Qué disgusto se llevó! ¡Sus bolsillos y los sacos estaban llenos de carbón! Pero lo peor fue que también se había vuelto carbón el oro que tenía la mañana anterior.

Estaba tan desesperado que quiso tirarse de los pelos, pero entonces se dio cuenta de que el pelo no le había crecido, y estaba rapado sin barba. Se echó a llorar, y comprendió que le había pasado aquello por ambicioso; el sastre se despertó al oírle llorar, y como era muy bueno dijo a su compañero:

-Hemos ido juntos por el mundo hasta ahora; quédate conmigo y nos repartiremos mis riquezas.

El sastre cumplió aquella promesa, pero el platero ambicioso tuvo que llevar toda la vida una gorra porque el pelo no le volvió a crecer.

El Monito Feliz



abía una vez un monito enojado y triste porque él se sentía así:

Nadie me quiere porque soy violento y agresivo, pero a mí no me gusta ser peleón yo no quiero se malo...

Cuando los otros monitos lo llamaban a jugar él se ponía muy contento... Pero luego, se enojaba, peleaba con los otros, les hacia daño... Ninguno entendía por qué se enojaba.

Triste, el monito pensaba:

"Yo no quiero ser malo, quiero tener muchos amigos que les guste jugar conmigo"... ¡si eso quiero!"

El monito quería ser amistoso y valiente, pero tenía mucho miedo. Tenía miedo de la oscuridad, de estar solo y tenía miedo de que los otros se dieran cuenta que él tenía miedo. Deseaba tanto cambiar que inventó esta canción:

♪ ♪ ♪ **Quiero tener muchos amigos**
que vengan a jugar conmigo,
No quiero estar solito.
quiero ser amistoso y valiente,
quiero ser un gorila,
no quiero ser más un monito

Un día una lora lo escuchó cantar y le preguntó: “¿por qué quieres ser un gorila?”

“Porque si soy fuerte y grande como los gorilas ya no voy a tener miedo de nada, con sólo gruñir todos huirán de mí...” respondió el monito.

“Pero los gorilas también tienen temor!” dijo la lora.

“¿Gorilas con susto? No lo creo!” dijo el monito sorprendido.

“Es verdad. El miedo se esconde dentro de una persona, no importa cual sea su tamaño. Se instala adentro y asusta todo el tiempo. Es como una enfermedad y tenemos que luchar contra él.” Respondió la lora.

“¿Y cómo se lucha contra el miedo?”

“Es difícil, pero es posible hacerlo. Hay que pensar en aquello que nos asusta y darnos cuenta que debemos vencerlo. Lentamente el temor va saliendo de nosotros.” Explicó la lora.

“¿Cómo sabes eso?” preguntó el monito.

“Así curé mi temor! Invente una canción que te voy a enseñar.”

Dice así:

*♪ ♪ ♪ **Puedes ser un grandulón y
tener miedo en el corazón,
y ser un valiente porque la valentía y
la confianza viven en el corazón.***

Después de despedirse de la lora el monito se puso a pensar en lo que ella le había dicho. En cierto momento vio una mamá mona que jugaba con su hijito y los dos reían felices.

Cómo sería de bueno tener una mamá que nos abrazara con cariño,

que jugara con nosotros. Si tuviera una mamá nunca volvería a tener miedo, a enojarme, nunca más me pondría triste...

“¿Y si pidiese a esa mamá de allá que fuera mi mamita también?” Pensó en voz alta el monito.

“Escuché lo que dijiste y quiero contarte esto” dijo la lora. “Es verdad que todas y todos, las y los pequeñitos tienen derecho a una madre, pero una mamá no es una fruta que cogemos de un árbol y podemos quedarnos con ella.”

“¿Entonces cómo podemos conseguir una mamá cuando no la tenemos?” preguntó el monito a la lora.

Y ella respondió: “Primero, tenemos que conquistar el corazón de los que nos rodean. Tener amigos, ayudar a los que necesitan ayuda, jugar, reír, compartir la alegría con los otros. Y también trabajar para mostrar a las otras y a los otros que somos valiosos y que podemos dar muchas cosas. Sólo así vamos a conquistar el corazón de las personas y vivir en paz.”

“¿Y así voy a conseguir una madre?” preguntó el monito.

“No vas a ganar una madre, sino muchas madres, muchas hermanas y muchos hermanos, muchas amigas y muchos amigos. Voy a enseñarte una canción que me gusta cantar:”

♪ ♪ ♪ **Todos tenemos que ser amigos,
ayudar a las y los que necesitan,
reír, jugar, perdonar y compartir
lo que tenemos.**

El monito se hizo muy amigo del búho que le enseñó muchas cosas. El monito ya no era un monito furioso porque tenía un amigo que le

enseñaba todas las cosas que no entendía. Un día el monito dijo:

“Ahora entiendo muchas cosas, puedo vivir alegre y sin miedo y ya tengo muchos amigos porque ya sé jugar sin enojarme. Pero siempre se necesita aprender más, como dice la canción: ”

♪ ♪ ♪ **Tenemos que aprender
y descubrir todo lo que no conocemos
porque el miedo se esconde
en lo que no entendemos.**

Como al monito le gustaba ayudar a otros, todas y todos en la región empezaron a llamarlo AMIGUITO.

Y un día el monito se dio cuenta que todas las mamás monitas lo trataban como a un hijo, que las monitas y los monitos lo trataban como a un hermano y que todas y todos los otros animales lo trataban como amigo.

Y se dió cuenta que había ganado una familia grande, tan grande como la región donde vivían, él sentía a todas y todos en su corazón...

Entonces inventó una nueva canción.

♪ ♪ ♪ **Soy fuerte y valiente porque
toda la gente está en mi corazón.
Me gusta ayudar, jugar, aprender, cantar, bailar.
Yo soy constructor de paz
porque en mi corazón cabe toda la gente.**

Buenas Noches

"Monito, hijo, cierra los ojos por favor, ya duerme..." dijo la mamá monita. "Ya es hora de dormir estoy muy cansada, anda, duérmete..."

Pero el monito solamente quería jugar. La mamá mona estaba muy pero muy triste y cansada. Hace mucho tiempo que dejaron su casita.

Por eso, resolvió, irse a dormir a otro árbol.

"Estoy con miedo de la oscuridad..." dijo el monito casi a punto de llorar, mientras la luna lo miraba...

"Miedo a la oscuridad? No lo creo..." exclamó la luna y explicó: "La oscuridad no hace daño a nadie... La noche es bonita llena de estrellas, es tranquila, buena para descansar. En la noche todas y todos duermen, grandes y pequeños, caballos, bueyes y pajaritos..."

"Nadie debe tener miedo a la oscuridad. Cierra los ojos monito que yo te voy a cantar una canción para que duermas bien..." le dijo la luna.

El monito cerró los ojos y la luna canto así:

"Buenas noches... hasta mañana. Duerme bien... sueña conmigo un lindo sueño... lindo muy lindo, hasta mañana..."

El monito se adormeció y la luna fue a llamar a la mamá mona. "¿Cómo logró dormir a mi hijo, doña Luna?" Preguntó la mamá monita.

“Le canté una canción... a todos y todas los pequeñitos les gustan mucho las canciones y que los acaricien mientras duermen”.

“...Enséñeme esa canción doña Luna”, le pidió la mamá mona. La luna enseñó a la mamá mona su canción. Entonces la mamá mona fue a acostarse junto a su hijito abrazándolo con ternura.

Feliz doña Luna siguió su camino, pues sabía que ahora las familias cuidarían mejor sus hijitas e hijitos.

El Muchacho que nunca Tembló

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



*Cr*ase un padre que tenía dos hijos; uno era muy listo y agudo, y aprendía cuanto le enseñaban. Pero el más pequeño era muy bobo, no podía aprender nada y parecía no tener imaginación. Cuando las gentes le veían, decíanse:

–Bastante pena tiene su padre con un hijo así.

Le pidieran lo que le pidieran, el mayor estaba siempre dispuesto a hacerlo. Pero cuando su padre le mandaba a buscar algo por la noche a un sitio que estuviese oscuro o fuese apartado, él le contestaba:

–No me mandéis allí, padre; sólo pasar por ese sitio me hace temblar.

Pues era bastante miedoso...Por la noche, cuando la gente se reunía en torno del fuego contando historias de las que ponen la piel de gallina y alguien decía: “Eso me hace temblar”, el hijo pequeño, que también escuchaba el cuento, no comprendía lo que querían decir. “Siempre dicen: ¡Eso me hace temblar! Y yo no sé lo que es temblar. Debe ser un arte que yo no comprendo”.

Sucedió que un día su padre le dijo:

–Ya te vas haciendo mayor y es necesario que aprendas algo para ganarte la vida. Tu hermano trabaja y se preocupa; en cambio tú no sirves para nada.

–Está bien, padre mío –contestó. Estoy dispuesto a aprender lo que sea; sin embargo, lo que me gustaría más es aprender a temblar, pues no sé lo que es eso.

El hermano mayor, al oír estas palabras, se echó a reír, pensando: “¡Válgame Dios, que tonto es mi hermano! No hará nunca nada bueno en su vida”.

Y el padre suspiró, mientras contestaba:

–Demasiado pronto aprenderás a temblar, pero no te ganarás con eso el pan.

Cierto día fue el Sacristán de visita a la casa, y el padre le confió sus preocupaciones acerca de su hijo pequeño. Le contó lo estúpido que era y cómo no podía aprender nada de provecho.

–¿Querrá usted creer –le preguntó– que cuando le he dicho que tiene que aprender algo para ganarse la vida me ha contestado que querría aprender a temblar?

–Si no es más que eso –dijo el Sacristán–, yo voy a enseñarle. Dejad que le lleve conmigo y os lo traeré bien pulido.

El padre aceptó complacido, pensando:

–De todas maneras, algo aprenderá con ello el muchacho.

El Sacristán le llevó consigo a su casa y le enseñó a tocar las campanas de la iglesia. Pasados unos días, el Sacristán le despertó a la media noche y le dijo que subiera a tocar las campanas. “Ahora sí que sabrá como se tiembla”, pensó, mientras le empujaba escaleras arriba.

–Cuando el muchacho hubo subido a la torre y se volvía para guardar la cuerda de las campanas, vio una figura blanca que permanecía inmóvil en los escalones de la ventana del campanario.

–¿Quién está ahí? –gritó; pero la figura no se movió ni contestó nada.

–Contéstame –dijo el muchacho – o vete de ahí. No tienes que venir a hacer nada aquí por la noche.

Era el Sacristán disfrazado de fantasma, y no se movió.

El muchacho gritó por segunda vez:

–¿Qué buscas aquí? Dime si eres hombre de paz o te tiro escaleras abajo.

El Sacristán no había pensado que la cosa tomase tal giro y, atemorizado, no dijo una palabra y se estuvo tan quieto como si fuera de piedra. Entonces el joven le llamó por tercera vez, y como no contestara, empujó al fantasma y lo tiró escaleras abajo. El Sacristán se quedó agazapado en un rincón de la escalera, más muerto que vivo.

El joven arregló las campanas, volvió a la casa y, sin decir nada a nadie, se metió en la cama y no tardó en dormirse.

La mujer del Sacristán esperó largo tiempo que su marido volviera, pero como no volvía, se asustó y fue a despertar al joven.

–¿No sabes qué ha sido de mi marido? –le preguntó

– Entró en la torre de la iglesia detrás de ti.

–No sé nada –contestó el muchacho– Alguien estaba en lo alto de las escaleras del campanario cuando yo subí, pero, como no contestase a mis preguntas ni se moviera, yo le di un empujón y lo eché escaleras abajo. Podría ir a ver si es vuestro marido; sentiría haberle hecho daño.

La mujer se apresuró a ir en busca de su marido y lo encontró tendido en un rincón, temblando y con una pierna rota. Lo llevó a su casa y después se fue, dando gritos, a ver al padre del muchacho.

–Vuestro hijo me ha causado un grave disgusto; ha tirado a mi marido escaleras abajo, y le ha roto una pierna.

Id a buscarlo, porque no lo queremos en casa.

Horrorizado, el padre se fue con la mujer y dio al muchacho una buena paliza.

–¿Qué significa tu brutal proceder? Realmente tienes el demonio en el cuerpo.

–Escuchadme, padre –contestó el chico– Soy inocente. Subí a la torre, en la obscuridad, y vi una figura que se escondía como si llevara malas intenciones. Yo no sabía quién era, y por tres veces le dije que me contestase o que se marchara.

–¡Ay de mí! –dijo el padre– No me traes más que desastres. Quítate de mi vista. No quiero saber más de ti.

–Está bien, padre mío. Pero espera que sea de día; entonces me iré a ver si aprendo a temblar. Entonces por lo menos sabré un arte para vivir.

–Aprende lo que quieras –dijo el padre–. Lo mismo me da. Aquí tienes cincuenta táleros. Vete por el mundo y no digas a nadie de dónde eres ni quién es tu padre, pues me da vergüenza que seas hijo mío.

–Como queráis, padre; si es todo lo que me pedís, fácilmente os podré complacer.

A la mañana siguiente, el muchacho se echó los cincuenta táleros en el bolsillo y salió a la carretera real repitiéndose a sí mismo una y otra vez: “¡Si al menos aprendiese a temblar, si al menos aprendiese a temblar!”

Pasó un hombre y oyó las palabras que el joven iba diciéndose, y cuando estuvo un poco más allá y vio a lo lejos una horca con siete ahorcados, dijo al joven, que ahora iba a su lado:

–Mira, ahí tienes en ese árbol siete novios que se han casado con la hija del cordelero y ahora aprenden a bailar sin poner los pies en el suelo. Siéntate debajo y cuando llegue la noche, pronto aprenderás lo que es temblar.

–Si no se necesita nada más que eso –dijo el joven– pronto está

hecho. Y si con tan poca cosa aprendo a temblar, te regalaré mis cincuenta táleros. Vuelve a buscarme mañana por la mañana y si he temblado esta noche, te los daré.

El muchacho se sentó debajo de los ahorcados, esperando que llegara la noche. Como tenía frío, encendió fuego, pero a media noche el viento era tan helado, que no sabía como calentarse. El viento movía a los ahorcados de un lado para otro y les hacía chocar unos con otros, y el joven pensó: “Yo estoy aquí helado de frío, pero esos de ahí arriba deben tener más frío aún”.

Y como era muy compasivo, subió a la horca, desató la cuerda y bajó a los siete ahorcados. Después avivó el fuego y los colocó alrededor de él para que se calentaran.

Los siete permanecían allí inmóviles, sin menearse, aunque el fuego chamuscara sus ropas.

–Si no tenéis cuidado de vuestros andrajos tendré que volveros a colgar.

Como estaban muertos, naturalmente, no le oían y permanecían silenciosos, mientras sus pobres harapos se chamuscaban. Entonces el joven, enojado, dijo:

–Si no os cuidáis de vosotros mismos, yo no puedo ayudarlos; no quiero quemarme también.

Entonces los volvió a colgar y se sentó ante el fuego y pronto se quedó dormido.

A la mañana siguiente, el hombre del camino, deseoso de recoger los cincuenta táleros, volvió adonde él estaba y le dijo:

–Ahora ya debes saber lo que es temblar.

–No –contestó él–. ¿Cómo voy a saberlo? Esos individuos no han abierto siquiera la boca y son tan estúpidos que dejaban que el fuego

quemase sus pobres andrajos.

Entonces el hombre comprendió que, por aquel día, no se llevaría los táleros y se marchó diciendo:

–En mi vida he visto hombre como éste.

El muchacho siguió su camino y otra vez volvió a decirse en voz alta: ¿Cuándo querrá Dios que yo sepa lo que es temblar?”

Un carretero que venía detrás de él oyó esto y le preguntó:

–¿Quién eres muchacho?

–No lo sé –respondió el joven.

¿Quién es tu padre?

–No lo puedo decir.

–¿Qué palabras son esas que vas mascullando?

–¡Ah –respondió el joven– . Digo que quisiera aprender a temblar, pero nadie quiere enseñarme.

–Detente un momento –dijo el carretero– y vente conmigo, que yo puedo enseñarte lo que tanto deseas.

El joven se fue con el carretero, y al caer la tarde llegaron a una posada, donde decidieron pasar la noche.

El chico seguía diciendo:

–¡Oh, si yo pudiese aprender a temblar, si yo pudiese aprender a temblar!.

El posadero, que le oyó, se echó a reír y dijo:

–Si no quieres más que eso, aquí tendrás buena ocasión de temblar.

–No tengo nada que oponer –añadió la posadera–.

Pero más de un muchacho atrevido ha pagado esa osadía con

la vida. Sería un verdadero dolor que esos ojos tan vivos y brillantes no volviesen a ver la luz del día.

Pero el joven dijo:

–Quiero saber lo que es temblar, por caro que me cueste. No he salido de mi casa para dejar de aprenderlo. Y no dejó en paz al posadero, hasta que éste le dijo que, no lejos de allí, había un castillo encantado donde cualquiera temblaría de sobra, con tal que pasara tres noches en él.

El rey había prometido a su hija por esposa a quien se atreviera a hacerlo, y la princesa era la más linda doncella que el sol ha alumbrado jamás. Había también grandes tesoros ocultos en el castillo, que estaba guardado por espíritus diabólicos; tesoros suficientes para hacer, al hombre más pobre, rico por todos los días de su vida. Muchos jóvenes ambiciosos habían ido al castillo, pero ninguno había vuelto aún.

A la mañana siguiente, el joven se fue a ver al Rey y le dijo:

–Con vuestro permiso, quisiera pasar tres noches en el castillo encantado.

El Rey le miró, le encontró simpático y le contestó:

–Puedes llevar contigo al castillo tres cosas, pero han de ser tres cosas sin vida.

–Dadme, pues, leña, para encender fuego, un torno y un banco de carpintero con un cuchillo.

El Rey hizo llevar todas esas cosas al castillo para el joven, y cuando la noche hubo llegado, el muchacho fue allá y encendió un brillante fuego en una de las estancias. Puso el banco con el cuchillo delante del fuego, y se sentó en el torno.

–¡Oh, si ahora aprendiese a temblar! –se dijo–. ¡Qué feliz seré cuando sepa lo que es temblar!

Hacia media noche quiso avivar el fuego y, mientras estaba soplándolo, oyó un maullido estridente en un rincón.

–¡Miau, miau! ¡Qué frío tengo!

–¡Valientes bobos! –dijo–. Si tenéis frío, ¿por qué no venís a calentaros al fuego?

Apenas pronunció estas palabras, cuando dos grandes gatos negros dieron un salto y fueron a sentarse, cada uno a un lado, contemplándole con ojos feroces.

Después de un ratito de calentarse juntos, los gatos dijeron:

–Amiguito, ¿por qué no jugamos un rato a las cartas?

–No tengo inconveniente –respondió él–, pero enseñadme primero las patas. Ellos se las enseñaron, escondiendo las uñas.

–Veo que tenéis las uñas muy largas –dijo él–.

Esperad un momento, que os las voy a cortar.

Los cogió por el pellejo del cogote, los puso en el banquillo y les atornilló fuertemente las patas a él.

–Veo que ahora después de arreglaros los dedos, se os han pasado las ganas de jugar a las cartas –les dijo. Entonces los mató y los echó a la tinaja.

Pero apenas había matado a los gatos y se había vuelto a sentar otra vez al fuego, cuando una multitud interminable de gatos y de perros negros surgió de cada rincón, cada vez más y más. Ladraban y maullaban terroríficamente, saltaban sobre el fuego y trataban de arrastrarle a él. Durante un buen rato él permaneció tranquilo en su sitio, pero cuando le molestaron demasiado esgrimió el cuchillo y gritó:

¡Fuera de ahí, bribonzuelos! –y empezó a herirlos a derecha e izquierda. Algunos echaron a correr y otros murieron, y él echó también a

los muertos en el agua.

Cuando se hubieron ido, reunió el rescoldo del fuego y otra vez se sentó a calentarse junto a él. Apenas podía sostener los ojos abiertos, pues sentía muchísimo sueño. Miró en torno y vio en un rincón, un hermoso lecho.

–Esto era lo que yo necesitaba –se dijo; y se echó a dormir.

Apenas hubo cerrado los ojos, la cama empezó a moverse, a andar arriba y abajo, y a dar vueltas por el castillo.

“¡Perfectamente! –se dijo el muchacho–. Cuanto más de prisa, mejor”. Y la cama corría y corría como arrastrada por media docena de caballos; subía las escaleras y las bajaba, desde el vestíbulo hasta la guardilla.

De pronto, empezó a saltar y dio la vuelta y quedó encima de él, pesando como una montaña. Pero el joven se desembarazó de almohadas y sábanas, las echó al aire y, deslizándose de debajo de la cama, exclamó:

–Ahora puedes correr cuanto quieras.

El Rey llegó muy temprano y al ver al joven echado en el suelo pensó que los fantasmas lo habían matado y que yacía sin vida. Y no pudo menos de exclamar:

–¡Es una verdadera pena que un joven tan simpático haya muerto así!

Pero el muchacho le oyó y se levantó, diciendo:

–¡Eh, eh! Que todavía estoy vivo.

EL rey se sorprendió y, muy contento, preguntó al muchacho cómo la había pasado.

–Admirablemente –dijo él–. Ya ha pasado una noche y supongo que las otras pasarán igual.

Cuando le vio el posadero, abrió mucho los ojos y dijo:

–Nunca creí volveros a ver vivo. ¡Sabéis ya lo que es temblar?

–No –contestó el chico–. todo es inútil. No encuentro nadie que me lo pueda enseñar.

Llegó la segunda noche y otra vez el muchacho fue a sentarse al lado del fuego y empezó la vieja canción:

–¡Oh si me fuera posible saber lo que es temblar!

A la media noche se oyó un gran ruido de cadenas, primero suave, después más y más fuerte; después por poco rato, se hizo el silencio. Por último, lanzando un agudo gemido, medio cuerpo de un hombre cayó por la chimenea, frente a él.

–¡Hola! –dijo el muchacho–. Si no vas en busca de la otra mitad, te quedas a medias.

El ruido empezó de nuevo y en medio de silbidos y aullidos cayó por la chimenea la otra mitad.

–Espérate un poco– dijo el muchacho–. Voy a atizar el fuego. Cuando lo hubo hecho, miró el torno; las dos mitades del hombre se habían unido y una figura repugnante estaba sentada en su sitio.

–No te he dado permiso para eso –dijo el joven–, el banquillo es mío.

El hombre quiso empujarle, pero el joven no le dejó; le empujó él y volvió a sentarse en su lugar. Entonces cayeron más hombres por la chimenea, cogieron varios huesos de tibia y dos calaveras y empezaron a jugar a los bolos. El joven les miraba complacido y les preguntó:

–¿Puedo jugar yo también?

–Sí –le contestaron–, si tienes dinero.

–Tengo dinero –contestó él– pero vuestras bolas no son redondas del todo. Entonces cogió las calaveras y las puso en el torno, hasta redondearlas completamente.

–Ahora rodarán mejor –dijo–. ¡Vamos, vamos! A ver quién gana la partida.

–¡Vamos! –dijo el joven–. ¿Así es como me agradeces lo que he hecho por ti? ¡Pues vuélvete al ataúd! Y esto diciendo le empujó hasta hacerle caer en el féretro. Los seis hombres cogieron el ataúd de nuevo y se lo llevaron.

–Está visto que no tiemblo –dijo el muchacho– y que con estas tonterías no voy a temblar jamás.

Pero en esto apareció un hombre horroroso. Era muy viejo, tenía una larga barba blanca y era espantoso de mirar.

–¡Ahora verás, miserable gusano, si aprendes o no a temblar! –dijo–. Pues vas a morir.

–No tan de prisa –dijo el joven–. Si voy a morir, quiero estar presente.

–Yo te ahorraré ese trabajo –dijo el viejo monstruo.

–¡Despacio, despacio, no hay que gritar! Yo soy tan fuerte como tú, o más fuerte aún.

–Eso lo veremos –dijo el hombre espantoso–. Si eres el más fuerte, te perdonaré la vida. Ven y lucharemos. Entonces le condujo a través de innumerables pasajes oscuros hasta una fragua, tomó allí un hacha y de un solo golpe hundió uno de los yunques en el suelo.

–Yo puedo hacer más que eso –dijo el joven. Y tomó el otro yunque.

El viejo se sentó cerca a contemplarle con la blanca barba colgando; entonces el joven cogió el hacha y de un solo golpe hundió el yunque, cogiendo la barba del viejo al mismo tiempo.

–Ahora te tengo en mi poder –dijo el joven– y eres tú quien va a morir. Tomó una vara de hierro que por allí había y empezó a apalearlo con ella al viejo, hasta que éste pidió gracia y le prometió grandes riquezas si paraba. Entonces el joven quitó el hacha del yunque y le libertó, y el viejo le condujo por el castillo mostrándole tres grandes cofres de oro que había en una bodega.

–Uno es para los pobres –le dijo–, el otro para el Rey, y el otro para tí.

El reloj dio las doce y el fantasma desapareció, dejando al joven en la obscuridad.

–A ver cómo me arreglo para salir de aquí –se dijo.

Y anduvo a tientas hasta encontrar el camino de su habitación, donde se dejó caer junto al fuego y se quedó dormido.

A la mañana siguiente llegó el Rey y le dijo:

–Ahora ya debes saber lo que es temblar.

–No –contestó él–. ¿Cómo puedo saberlo? Primero estuvo aquí mi primo el difunto, y luego un viejo fantasma de larga barba, que me enseñó unos cofres llenos de oro. Pero nadie me ha enseñado lo que es temblar.

Entonces dijo el Rey:

Has roto el hechizo del castillo y te casarás con mi hija.

–Eso será muy bien –repuso él–, pero todavía no sé lo que es temblar.

Se sacó el oro del castillo y se celebró la boda. El joven Rey era muy dichoso y amaba tiernamente a su esposa, pero siempre estaba diciendo:

–¡Oh, si al menos pudiese saber lo que es temblar!

Por último, su esposa se cansó de oír decir siempre lo mismo, y se quejó a su Camarera Mayor, quien le dijo:

–Yo os ayudaré, yo le enseñaré lo que es temblar. Y fue al estanque del jardín y trajo un jarro de agua fría y de pececillos. Por la noche, cuando el joven Rey estaba dormido, su esposa apartó las sábanas y le echó encima el agua fría, que le estremeció, y los pececillos, que le hacían cosquillas. Entonces él despertó gritando:

–¡Estoy temblando, querida esposa, estoy temblando!

Ahora ya sé lo que es temblar.

Ricitos de Oro

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Se fue Ricitos de Oro al bosque y se puso a recoger flores. Cerca de allí, había una cabaña muy bonita, y como Ricitos de Oro era una niña muy curiosa, se acercó paso a paso hasta la puerta de la casita. Y empujó.

La puerta estaba abierta. Y vio una mesa. Encima de la mesa había tres tazones con leche y miel. Uno, era grande; otro, mediano y otro, pequeño. Ricitos de Oro tenía hambre, y probó la leche del tazón mayor. ¡Uf! ¡Está muy caliente!

Luego, probó del tazón mediano. ¡Uf! ¡Está muy caliente! Después, probó del tazón pequeñito, y le supo tan rica que se la tomó toda, toda.

Había también en la casita tres sillas azules: una silla era grande, otra silla era mediana, y otra silla era pequeñita. Ricitos de Oro fue a sentarse en la silla grande, pero esta era muy alta. Luego, fue a sentarse en la silla mediana, pero era muy ancha. Entonces, se sentó en la silla pequeña, pero se dejó caer con tanta fuerza, que la rompió.

Entró en un cuarto que tenía tres camas. Una, era grande; otra, era mediana; y otra, pequeña. La niña se acostó en la cama grande, pero la encontró muy dura. Luego, se acostó en la cama mediana, pero también le pareció dura. Después, se acostó, en la cama pequeña, y esta la encontró tan de su gusto, que Ricitos de Oro se quedó dormida.

Estando dormida Ricitos de Oro, llegaron los dueños de la casita, que era una familia de Osos, y venían de dar su diario paseo por el bosque mientras se enfriaba la leche.

Uno de los Osos era muy grande, y usaba sombrero, porque era el padre. Otro, era mediano y usaba cofia, porque era la madre. El otro, era un Osito pequeño y usaba gorrito: un gorrito muy pequeño.

El Oso grande, grió muy fuerte: -¡Alguien ha probado mi leche! La Osa mediana, gruñó un poco menos fuerte: -¡Alguien ha probado mi leche! El Osito pequeño dijo llorando con voz suave: se han tomado toda mi leche!

Los tres Osos se miraron unos a otros y no sabían qué pensar.

Pero el Osito pequeño lloraba tanto, que su papá quiso distraerle. Para conseguirlo, le dijo que no hiciera caso, porque ahora iban a sentarse en las tres sillas de color azul que tenían, una para cada uno.

Se levantaron de la mesa, y fueron a la salita donde estaban las sillas.

¿Qué ocurrió entonces?

El Oso grande gritó muy fuerte: -¡Alguien ha tocado mi silla! La Osa mediana gruñó un poco menos fuerte... -¡Alguien ha tocado mi silla! El Osito pequeño dijo llorando con voz suave: se han sentado en mi silla y la han roto!

Siguieron buscando por la casa, y entraron en el cuarto de dormir. El Oso grande dijo: -¡Alguien se ha acostado en mi cama! La Osa mediana dijo: -¡Alguien se ha acostado en mi cama!

Al mirar la cama pequeñita, vieron en ella a Ricitos de Oro, y el Osito pequeño dijo: -¡Alguien está durmiendo en mi cama!

Se despertó entonces la niña, y al ver a los tres Osos tan enfadados, se asustó tanto, que dio un salto y salió de la cama.

Como estaba abierta una ventana de la casita, saltó por ella Ricitos de Oro, y corrió sin parar por el bosque hasta que encontró el camino de su casa.

El Pájaro Grifo

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Fue una vez un rey muy poderoso, pero hace ya tanto tiempo, que no se sabe en qué parte del mundo reinaba ni cuál era su nombre. Sábese, en cambio, que tenía una hija, y que ésta era tan enfermiza, que sólo en contadas oportunidades salía de sus habitaciones, en las que permanecía por lo general postrada en un sillón.

En vano se habían afanado por curarla los más reputados médicos de la corte; cuanto intentaron resultó inútil.

Cierta mañana, presentóse ante el monarca un hada a quien aquél había mandado a llamar.

–¿Sabes por qué te he llamado? –le preguntó el rey. –Sí, majestad –contestó el hada–; sé que el mal que aqueja a tu pequeña hija, es la mayor de tus preocupaciones. Por eso, y porque creo tener el remedio que ha de curarla, me he apresurado en acudir a tu llamada. Para que la princesita recobre la salud y la belleza, es necesario que coma una manzana.

Deseando el rey hallar cuanto antes el fácil remedio, hizo anunciar en todo el reino que quien le presentara la manzana que habría de curar a su hija, se casaría con ella, y llegaría con el tiempo a ser el rey del país.

Rápida como el viento corrió la noticia. Encumbrados nobles y humildes vasallos pusieron con el mismo empeño a buscar el

maravilloso fruto. Y entre estos últimos, un buen campesino, padre de tres hijos, creyó prudente conversar con ellos acerca del caso. Reuniéndolos una tarde después de terminar sus tareas, se dirigió al mayor en estos términos:

-Carlos, sabes que el manzano que tenemos en el jardín da unos frutos hermosísimos que provocan la envidia de cuantos los ven. Es necesario que procures recoger la mayor cantidad posible, que los pongas en una cesta y se los lleves a nuestro rey. Quizá al comerlos recobre la princesita la salud, y entonces te cases con ella.

Cumpliendo el mandato de su padre, Carlos llenó la cesta con las más hermosas manzanas del jardín y se puso en marcha en dirección al palacio. Iba distraído, y por eso sólo alcanzó a ver a un pequeño enanito de barba larga y blanca cuando estuvo junto a él. El hombrecillo, que observaba con curiosidad al muchacho, al tiempo que le hacía un ademán para que se detuviera, le dijo con su voz suave y agradable:

-¿Qué llevas en esa cesta, muchacho?

Carlos que le gustaba burlarse del prójimo, le respondió sonriendo:

-Llevo patas de rana, buen hombre.

-Pues si patas de rana son, patas de rana seguirán siendo –exclamó el enanito elevando la voz y desapareciendo seguidamente.

Sin dar importancia al pequeño incidente, reanudó el muchacho su camino. Y cuando llegó al palacio y anunció que llevaba las manzanas que habrían de curar a la princesita, fue recibido por el propio monarca, que acudió presuroso. Pero cuando vio que en lugar de los esperados frutos llevaba una enorme cantidad de patas de rana que se movían sin cesar, el rey exclamó montando en cólera:

-¡Vete inmediatamente del palacio si no quieres que te hagas castigar por haberte querido burlar de la enfermedad de mi pobre hija...

Sin poder explicarse el misterio de la transformación, Carlos no se hizo repetir la orden. Apresuró el paso y no tardó en llegar a su casa. Ya ante su padre, explicóle detalladamente lo que le había sucedido, y el pobre campesino, tan sorprendido como su hijo, pero seguro de que su informalidad tendría mucho que ver con lo sucedido, llamó a otro de los muchachos, al segundo, y le dijo:

-Marcos, es necesario que tú también pruebes suerte. Vete, pues, al jardín, recoge todas las manzanas que puedas y llévalas al palacio.

Como anteriormente su hermano. Marcos cumplió al pie de la letra las indicaciones de su padre. Cuando tuvo la cesta llena de sabrosos frutos, se puso en camino. Y fue también en la mitad del trayecto, cuando, al volver un recodo, se encontró de manos a boca con el mismo hombrecillo de la larga barba.

-¿Qué llevas en esa cesta, muchacho? –tomó a preguntar el enanito. Y como Marcos era también poco formal, viendo la oportunidad de burlarse de su interlocutor, le respondió:

-Llevo tocino, buen hombre.

-Pues si llevas tocino, tocino seguirá siendo –exclamó disgustado el misterioso personaje, desapareciendo.

Mientras una sonrisa de burla asomaba a sus labios, reanudó Marcos la marcha, presentándose poco después ante la puerta del palacio. Un centinela se negó a franquearle el paso, diciéndole que parecía tan embustero como el que anteriormente había llevado las patas de rana.

-¡No soy ningún embustero! –gritó Marcos enojado- y no son patas de rana lo que traigo, sino las manzanas que habrán de curar a la princesita.

Como los gritos del muchacho fueron escuchados por el rey, se

presentó éste para enterarse de lo que sucedía. Y cuando Marcos le hubo explicado el porqué de su enojo, el monarca ordenó al soldado que abriera la cesta. Pero su cólera no tuvo límite al ver que en lugar de las esperadas manzanas sólo se veían trozos de tocino. Y para que en lo sucesivo nadie se atreviera a pretender engañarlo, ordenó que se le diera a Marcos una tanda de palos.

Maltrecho, sin la cesta, y sorprendido por el misterioso cambio que había sufrido la fruta, regresó Marcos a su casa y contó a su padre cuanto le sucediera.

El campesino, más extrañado aún que la primera vez, creía no poder dar con la persona que llevara sus manzanas al palacio, pero entonces se presentó ante él el menor de sus hijos, cuyo nombre era Juan.

-Padre –le dijo el muchacho-, quiero intentar suerte yo también. ¿No te opones a que lo haga?

Con aire preocupado, sin poder olvidar lo que le había ocurrido a Carlos, primero, y a Marcos, después, el campesino le respondió:

-Haz lo que quieras, muchacho; pero ya sabes lo que les ha sucedido a tus hermanos. Además –agregó, las más hermosas manzanas han sido recogidas por ellos, y por otra parte no te creo lo suficientemente listo para llevar a buen fin tus propósitos.

La verdad es que Juan ignoraba lo que les había sucedido a sus hermanos, y como era prudente y no quería dejar nada librado al azar, creyó conveniente hablar con Carlos y Marcos para estar enterado de todo.

Se dirigió primero a la habitación del mayor, a quien encontró pensativo y con cara de pocos amigos. Las primeras preguntas que le formuló quedaron sin respuesta, pero como sabía que sus hermanos siempre procedían de igual manera con él, insistió varias veces.

¿Qué es lo que quieres saber? –le preguntó al cabo Carlos, sin ocultar que estaba molesto.

-Lo que te ha sucedido en el palacio –replicó el muchacho.

-Pues si quieres saberlo, pierdes el tiempo preguntándome a mí –respondió el mayor de los hermanos-. Reúne unas cuantas manzanas en la cesta y llévaselas al rey. Entonces podrás darte por enterado. ¡Ahora déjame en paz!

Nada agregó Carlos a lo dicho y Juan debió retirarse sin haber podido enterarse de la causa de su enojo.

-Veré si Marcos quiere decirme algo –se dijo, dirigiéndose a la habitación del otro hermano.

Pero Marcos, a quien encontró en cama, quejándose de los golpes recibidos, tampoco parecía dispuesto a decirle nada. Las preguntas que le hizo obtuvieron por respuesta quejidos de dolor. Y cuando ya se disponía a retirarse de la habitación oyó que su hermano, que había advertido su presencia, decía:

Anda al palacio si deseas saber qué me ha sucedido. Anda, que al cabo te verás como yo...

Como las palabras de Marcos nada le aclaraban, Juan optó por probar suerte y esperar los acontecimientos. Pero antes fue a ver nuevamente a su padre.

-Ya que han fracasado mis hermanos, déjame intentarlo-le pidió el muchacho.

Y como su insistencia fue mucha, el padre creyó prudente decirle:

-Inténtalo ya que lo deseas; y que Dios te ayude. Pero no vengas luego a lamentarte si el rey te muele a palos las costillas.

-Nada temas –exclamó Juan alegremente-, y en muestra de agradecimiento, cuando sea rey, te regalaré un hermoso palacio.

-¡Pobre hijo mío –pensó el campesino-; Eso me demuestra que su tontería es incurable.

Como era noche ya, Juan decidió partir al día siguiente.

Se acostó y pronto quedó profundamente dormido. Y en sueños se veía sentado en un magnífico trono adornado de oro y piedras preciosas, cubierto con un magnífico manto de púrpura y con una hermosa corona de marfil sobre la cabeza; pero al mismo tiempo, veía también en sueños desfilar ante él a los pobres más pobres del reino, a quienes ayudaba regalándoles ropas y manjares.

A la mañana siguiente, muy temprano, se dirigió al jardín, llenó una cesta con las mejores manzanas que encontró, y sin perder un instante se encaminó al palacio.

Al volver un recodo del camino, se encontró Juan con el mismo enano que detuviera a sus hermanos; el hombrecillo preguntó por tercera vez:

-¿Qué llevas en esa cesta, muchacho?

-En esta cesta llevo las manzanas que harán que la princesa recobre la salud.

-Pues si llevas las manzanas que devolverán la salud a la princesa, las mismas manzanas continuarán siendo –agregó el enano.

No alcanzando a comprender el significado de las palabras del misterioso personaje, reanudó Juan la marcha y llegó al palacio. Sin dejarle entrar, el soldado que se hallaba junto a la puerta creyó prudente decirle:

-Escucha: no creo que te convenga ver al rey para ofrecerle el

remedio que dices traer en esa cesta, Tan disgustado se encuentra, que nada me extrañaría que te hiciera meter en un calabozo por el resto de tu vida.

-Lo que yo traigo –replicó Juan-, es realmente el remedio.

-Lo mismo dijeron dos redomados pillos que vinieron antes que tú.

-Pues es que yo no soy un pillo –agregó el muchacho, sin molestarse por las palabras del soldado.

Y como de nada valieron las razones que le daban, Juan terminó por llegar a la presencia del monarca.

-¿Qué es lo que traes? –le preguntó el rey, haciendo un gesto poco amistoso.

-Las manzanas que han de curar a tu hija –contestó Juan sin titubear.

-¿No tratas de engañarme? ¡Mira que en ese caso habrás de arrepentirte!

Sea porque el muchacho le inspirara confianza o porque la enfermedad de su hija hacía que no temiera el probar una vez más, el monarca no aguardó a que el muchacho respondiera. Se acercó a la cesta y la destapó.

Al ver las hermosas y sonrosadas manzanas, cambió su gesto agrio por una sonrisa. Después, llamando a su hija, le presentó los frutos.

Como por arte de encantamiento, sólo con ver las manzanas, la princesita recobró al instante sus hermosos colores y su salud. Y llorando de alegría arrojóse en los brazos de su padre.

Inútil es tratar de describir el regocijo de la corte. El rey, lleno de gozo, no sabía cómo demostrar la dicha que experimentaba. Sin embargo, al recordar que había prometido dar su hija por esposa al que la curara, fijándose en la poca gracia del campesino que habría de tener por yerno,

frunció las cejas con preocupación. La propia princesita se estremeció sólo de pensar en unirse en matrimonio con el rústico campesino que tenía ante ella.

Para dar término a la enojosa situación, y a fin de no quedar ante sus súbditos como un monarca informal el rey se dirigió a Juan con estas palabras:

-No habré de negarte la mano de mi hija porque he comprometido mi palabra; sin embargo, antes de casarte con ella deberás llevar a cabo una empresa que voy a proponerte: Como a mi hija le gusta mucho embarcarse y no quiero verla expuesta a los peligros que tal cosa puede acarrearle, deseo que le proporciones una barca que lo mismo marche por la tierra que por el agua.

Juan abandonó el palacio mucho más preocupado. Y como creyó imposible lograr lo que se le había pedido, marchó a su casa y le contó a su padre lo sucedido.

-¿No te lo advertí que todo te resultaría muy difícil? –le dijo el campesino-. Sin duda, el rey se ha dado cuenta de que eres un tonto que no mereces ser su yerno.

Preocupado por el fracaso, Juan se acostó y no tardó en quedar profundamente dormido. Al día siguiente, ya recobrado su optimismo y buen humor, tomó un hacha y otras herramientas de carpintero, se dirigió a un bosque cercano y se dispuso a fabricar la barca.

Cuando más entretenido se hallaba en su tarea, presentóse ante él el enanito de la barba blanca, que le preguntó:

-¿Qué haces, muchacho?

*-Una barca que lo mismo pueda ir por tierra que por agua
–respondió Juan.*

-Pues esa barca será lo que estás haciendo –dijo el hombrecillo al

mismo tiempo que desaparecía.

Cuando Juan terminó la barca, metióse en ella y se puso a remar; y, ¡Oh maravilla!, la barca se deslizó por el camino como si se tratara del más tranquilo de los lagos. De esa manera, no tardó en presentarse ante el palacio, donde hizo anunciar al monarca que había cumplido su deseo.

Si bien admirado de la obra del muchacho, el soberano pensó nuevamente en la manera de evitar el casamiento de su hija con él.

-Veo que eres ingenioso –le dijo-, y por eso mismo desearía que me hicieses otro gran favor. Tiene mi hija cien conejos blancos que viven en nuestros jardines. Si quieres casarte con ella, deberás reunirlos todos antes de que caiga la noche. En caso contrario, es decir, si te falta uno solo de los conejos, perderás todos tus derechos.

Teniendo en cuenta que la noche estaba próxima y que la tarea que le encomendaba el rey no era nada fácil, Juan se encaminó rápidamente a los jardines del palacio para comenzar la caza. Pero los conejos, además de ser numerosos corrían y saltaban como demonios en cuanto el muchacho extendía el brazo. Casi extenuado ya, disponíase a desistir de sus propósitos y a renunciar a la mano de la princesa, cuando nuevamente apareció ante él el enanito.

-¿Qué quieres hacer, muchacho? –le preguntó.

-Algo que me parece poco menos que imposible, buen hombre –contestó Juan haciendo un gesto de desaliento-; debo reunir, antes que llegue la noche, los cien conejos de la princesa.

-Pues nada más fácil –le dijo el hombrecillo-; toma este silbato y sopla por él. Ya verás, cómo al instante se reúnen todos los conejos, sin que falte ninguno.

En efecto, en cuanto el muchacho comenzó a soplar, empezaron a rodearle los conejos. Pero al contarlos, notó que faltaba uno. Era que

el rey, temiendo que llevara a cabo la empresa, a pesar de comprender lo difícil que era, ordenó a uno de sus guardias que apresara a uno de los animales. Pero como el muchacho se puso a soplar con toda la fuerza de sus pulmones, el conejito prisionero, atraído por el sonido, escapó de las manos de su captor y se unió al grupo.

Poco antes de que llegara la noche, Juan se presentó en el palacio seguido de los cien conejos. Y como nuevamente el rey se dio cuenta de lo mal que quedaría si dejaba cumplir lo que había prometido al campesino, pensó algo más difícil de hacer y después le dijo:

-He resuelto que sean tres pruebas las que hagas antes de casarte con mi hija; por consiguiente, aún te falta una. Desde luego, si la cumples, no habré de oponerme. Consiste tal prueba en que me traigas una pluma del pájaro grifo. Sabía que el pájaro grifo era una extraña y terrible ave, mitad águila y mitad león, que vivía en unas elevadas montañas de una comarca distante. Sin embargo, animado por el éxito de sus empresas anteriores se dispuso a llevar a cabo la última que se le pedía.

Sin saber realmente hacia dónde dirigirse, en marcha se puso Juan. Al cabo de algunos días de camino, como se encontraba tan desorientado como al principio, sentóse sobre una piedra sin ánimo para proseguir. Entonces se presentó ante él una vez más el hombrecillo.

-¿Qué tienes muchacho? –le preguntó.

Juan le explicó brevemente la razón de su desaliento, y entonces el enanito le indicó la manera de dar con el pájaro y la forma de quitarle una pluma.

Recobrada la confianza, se encaminó Juan hacia un magnífico palacio cuyas torres se divisaban por encima de los frondosos árboles de un bosque. Ya en él, como el dueño le preguntó a qué iba, díjole el muchacho:

-Sólo deseo pasar la noche en este lugar; es peligroso permanecer en el bosque. Mañana por la mañana, muy temprano, debo reanudar la marcha para cumplir la orden de mi rey.

-¿Puede saberse en qué consiste esa orden? –le preguntó el caballero.

-En encontrar al pájaro Grifo y quitarle una pluma.

-Difícil empresa, por cierto –dijo el hombre-. Ese extraordinario animal sabe todo lo que pasa en la tierra. Si tienes la suerte de dar con él, pregúntale dónde se encuentra la llave encantada que se ha extraviado en mi palacio y que servía para abrir las arcas que contienen los tesoros de mi abuelo.

Prometióle el muchacho hacer cuanto estuviera a su alcance y al día siguiente reanudó su marcha. Pero nuevamente le sorprendió la noche sin haber logrado su objeto.

Juan se dirigió a otro palacio que halló a su paso, y también solicitó permiso para pasar en él la noche. Su huésped deseó saber, como el anterior, el motivo que llevaba al muchacho a atravesar aquellas comarcas.

-Voy en busca del Pájaro Grifo –le explicó Juan. Entonces el caballero quiso a su vez pedirle un favor.

-Sé que ese extraño animal, que se halla oculto a la mirada de los hombres –le dijo-, tiene en su poder los remedios maravillosos que podrían curar a mi hijo. Te ruego encarecidamente que si tienes la suerte de dar con él, me procures ese remedio.

Por segunda vez prometió Juan hacer cuanto estuviera a su alcance. Y a la mañana siguiente se puso nuevamente en camino.

Varias horas de marcha llevaba cuando se encontró junto a la orilla de un río. Al ver allí a un anciano barquero sentado en su barca, le

pidió que lo trasladara a la otra margen. Accedió el anciano, y durante la travesía le preguntó dónde se encaminaba; contestóle el muchacho que iba en busca del pájaro Grifo.

-Pues si tienes la suerte de dar con él –dijo el barquero-, mucho te agradeceré le preguntes por qué desde hace varios años no puedo salir de esta barca, viéndome obligado a permanecer en ella sin abandonarla ni un momento.

Prometió hacer Juan todo lo posible por satisfacerlo, y después de despedirse del anciano, continuó su camino.

Al cabo de varios días llegó a una extraña vivienda semioculta por las rocas. Por el aspecto que ofrecía se dio cuenta de que en ella vivía la extraordinaria ave que buscaba. Golpeó en la puerta y salió a recibirle un hada que le preguntó cuál era el motivo de su visita.

Buena mujer –le dijo el muchacho-; vengo en busca del pájaro Grifo, al que tengo que arrancarle una pluma para poder casarme con una princesa.

Al escuchar las palabras del muchacho el hada lo miró sorprendida.

-¿No sabes –le preguntó- que el pájaro Grifo odia a muerte a los hombres y los devora?

Como el muchacho permanecía callado, la mujer continuó:

-Pareces un buen muchacho y quiero hacer algo en tu favor. Escóndete detrás de esos cajones, y esta noche, cuando el pájaro Grifo duerma, te avisaré para que sin hacer ruido puedas arrancarle la pluma que necesitas. En cuanto a las preguntas que debes formularle para satisfacer los deseos de quienes te ayudaron en el camino, no te preocupes: yo se las dirigiré de modo que tú puedas escuchar las respuestas.

Juan se ocultó convenientemente; al oscurecer, oyó un ruido fuera

de la cueva y poco después una voz ronca desagradable. Era el pájaro Grifo, que ya antes de entrar exclamaba:

-¡Huele a carne de persona en esta casa!

-No es extraño –le respondió el hada tratando de calmarlo-; esta tarde vino hasta aquí un viajero que se había perdido en el bosque, pero que ya debe hallarse bastante lejos; en cuanto supo que ésta era tu casa, escapó sin volver la cabeza.

Satisfecho con la explicación del hada, el pájaro Grifo, después de haber devorado rápidamente los alimentos que aquélla le había preparado, se acostó y no tardó en quedarse dormido. Entonces, a una indicación del hada, se aproximó Juan caminando suavemente, se dirigió al extraño pajarraco, arrancó de un tirón una pluma de la cola y apresuradamente se ocultó de nuevo.

El muchacho procuró hacer todo esto rápidamente, pero, pese a su presteza, el ave se despertó muy disgustada,

-¡Sigue oliéndome a carne de persona, y hasta diría que alguien me ha tocado! –exclamó volviendo la cabeza a todos lados.

-No es fácil que sea así –replicó el hada-, acaso haya sido yo misma, pues como deseaba hacerte algunas preguntas, me estaba paseando nerviosamente.

-Pues hazlas cuanto antes, porque tengo que descansar –replicó el ave.

-Escucha, pues: deseo saber dónde se encuentra la llave que abre el arca de los tesoros de un castillo que está a doscientas leguas de aquí.

El pájaro Grifo sonrió burlonamente al tiempo que respondía:

-Esa llave se encuentra entre unas matas que crecen junto a la puerta que da al bosque del mismo castillo.

-También quería saber –agregó el hada-, si hay algún remedio que

pueda curar al hijo del dueño de otro castillo que se halla a quinientas leguas de aquí.

-¡Pues claro que sí!. Ese remedio se encuentra en el vigésimo escalón de una cueva habitada por un topo; es una sortija mágica que sanaría al instante al niño enfermo si se la pusiese en un dedo.

-Respóndeme la última pregunta y te dejaré tranquilo –dijo entonces el hada:

¿Sabes por qué el barquero del gran río no puede abandonar el bote?

-Simplemente porque no se le ocurre poner los remos en las manos de uno de los que pasan el río; si lo hiciese, el que los tocara sería condenado a hacer ese trabajo y se encontraría en igual situación hasta que otra mano se apoderara de los remos. Déjame ahora, que quiero dormir, ya sabes que mi trabajo es sumamente cansador.

A la mañana siguiente, cuando el pájaro Grifo abandonó la cueva, Juan dejó su escondrijo. Dio las gracias al hada que le había ayudado, y procurando retener en la memoria las respuestas del extraordinario pájaro, se puso en camino.

Cuando llegó a la orilla del río y subió a la barca, el viejo barquero le preguntó con ansiedad si sabía la causa de su pesado trabajo, pero Juan se guardó muy bien de responderle antes de llegar a la otra margen.

-Soló podrás librarte poniendo los remos en las manos del primero que acierte a pasar en tu barca –le dijo después, al tiempo que se alejaba.

Varios días después, llegó el muchacho al segundo de los castillos que había visitado en su viaje de ida. Y presentándose al dueño, le explicó dónde y cómo encontraría el remedio para curar a su hijo.

En efecto, el caballero siguió al pie de la letra las indicaciones del pájaro Grifo, y el joven enfermo no tardó en hallarse rebosante de salud.

Cuando llegó al primer castillo, le explicó a su dueño el modo de encontrar la llave del arca. Y el huésped, al verse dueño de una considerable fortuna, llenó los bolsillos del muchacho de piedras preciosas y de costosas joyas, en muestra de agradecimiento.

En condiciones ya de encaminarse directamente a su destino, apuró Juan la marcha y llegó al palacio. Y cuando el rey vio que, no solamente llevaba en su poder la pluma del pájaro Grifo sino que era dueño de un gran tesoro, no se opuso ya a que se casara con su hija.

Sin embargo, impulsado por la codicia, quiso saber el monarca dónde había logrado tales riquezas, y como su insistencia llegó a hacerse pesada, el muchacho le mintió diciéndole que era un regalo de la extraordinaria ave. El rey se puso entonces en camino hacia la cueva de aquélla, y cuando llegó a la margen del río y subió en la barca, el barquero le dio los remos y escapó inmediatamente, dejando al viajero condenado a empuñarlos.

Mientras tanto Juan, que en ausencia del monarca había ocupado el trono, no se olvidó de su padre ni de sus hermanos, a quienes rodeó de toda clase de comodidades y riquezas. Y dos años después, creyendo bien castigada la codicia del padre de su esposa, le dijo a un pillo redomado que si iba a sacarle los remos de la mano, se enriquecería de inmediato. Afanóse el mal hombre por hacerlo cuanto antes, y al mismo tiempo que quedaba él prisionero, recobró el monarca su libertad.

De esta manera pudo regresar junto a su hija y su yerno, a quien dejó continuar en el trono como premio a su sabiduría y honradez. Y la princesita que al principio creyera al muchacho algo tonto, no tardó en convencerse de que era el más bueno de los reyes de su época.

La Mesa, el Burro y el Palo Brincador

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Hace mucho tiempo vivía un sastre que tenía tres hijos y una sola cabra. La cabra daba leche para toda la familia, y los hijos del sastre se turnaban para sacarla a pastar. El hijo mayor la llevó un día al cementerio donde crecía buena hierba; la cabra se pasó las horas comiendo y saltando. Por la noche, el chico le preguntó;

-Cabrera, ¿has comido bastante?

**“¡Uf Mira mi barriguita,
no me cabe ni una hojita
¡be, beee!”**

-Muy bien, pues vamos a casa –dijo el chico; agarró la cuerda de la cabra y la llevó a la cuadra y la ató bien.

El sastre preguntó a su hijo:

-Qué, ¿ha comido bien la cabra?

-¡Ya lo creo! No le cabe ni una hojita más.

Pero el padre quería convencerse y fue a la cuadra, acarició a su cabra y le preguntó:

-Cabrita, ¿has comido bastante?

-Y la cabra contestó:

***“¡Ay! ¡No he comido ni una hojita!
Todo el día entre las tumbas,
Muerta de hambre... Ay, pobrecita;
Ay, pobre de mí, ¡bee, beee!”***

-¡Cómo! ¿No has comido nada? –gritó el sastre, muy enfadado, y salió corriendo y dijo a su hijo-: ¡Embustero! ¿De modo que la cabra ya no podía comer más? ¡Está hambrienta, la pobre!

Estaba tan enfadado que dio una paliza al chico y lo echó de su casa.

Al día siguiente le tocaba al hijo segundo llevar a la cabra al campo; la llevó al huerto, a un sitio donde crecían muchas hierbas, y la cabra no paró de comer. Por la noche, el chico le preguntó:

-Cabrita, ¿has comido ya bastante?

Y la cabra contestó:

***“¡Uf Mira mi barriguita,
no me cabe ni una hojita,
¡bee, beee”***

-Bueno, pues entonces vámonos a casa.

Tiró de la cuerda y llevó la cabra a la cuadra; el padre le preguntó:

-Qué, ¿ha comido hoy bien la cabra?

-¡Ya lo creo! Dice que no puede comer ni una hojita más.

Pero el padre fue a la cuadra y le preguntó a la cabra:

-Cabrita, hija mía ¿has comido bien?

La cabrita contestó:

***“¡No he comido ni una hojita!
Todo el día entre los surcos,
Muerta de hambre... ¡Pobrecita,
ay, pobre de mí! ¡bee, bee!”***

-¡Ese inútil! ¡Ese estúpido! ¡Mira que dejar pasar hambre a una cabra tan buenísima!

El sastre estaba furioso, y dio una paliza a su segundo hijo y lo echó de su casa.

Al otro día le tocó al tercer hijo sacar a la cabra; quería quedar bien y llevó a la cabra al bosque, a un sitio donde crecía la hierba bien alta, y la cabra se hartó de comer. Por la noche, el chico le preguntó:

-Cabra, ¿has comido ya bastante?

Y la cabra contestó:

***“¡Uf Mira mi barriguita,
no me cabe ni una hojita,
¡bee, bee!”***

-Bueno, pues a casita –dijo el chico, y se llevó a la cabra y la ató a la cuadra.

El sastre le preguntó:

-Vamos a ver, ¿ha comido esa cabra como es debido?

-¡Claro que sí, padre! Dice que no le cabe ni una hoja.

El sastre, desconfiado, bajó a la cuadra y preguntó a la cabra:

-Cabrita de mi alma, ¿has comido hoy bien?

Pero aquel bicho malo contestó:

“¡Nada ¡Ni una y la llevó por los caminos, donde crecen las hierbas que les gustan más a las cabras.

-Come, hija mía, come todo lo que quieras –le decía. Estuvieron hasta que llegó la noche, y entonces le preguntó-: ¿Has comido ya bastante, cabrita?

Y la cabra contestó:

*“¡Uf Mira mi barriguita,
no me cabe ni una hojita,
¡bee, bee!”*

-Así me gusta, muy bien. Vámonos a casa.

La llevó a la cuadra, la ató con cuidado, y antes de salir volvió a preguntarle:

-¿Has comido bastante, cabrita?

Y la cabra, como siempre, contestó:

***“¡No he comido ni una hojita!
¡Todo el día caminando,
muerta de hambre! Pobrecita,
ay pobre de mí, bee, bee!***

El sastre se quedó pasmado: comprendió que la cabra le había estado engañando, y que había pegado a sus hijos sin razón; y se puso tan furioso por haberse quedado sin sus hijos por culpa de la cabra, que gritó:

-¡Ahora verás ¡Cabra ingrata, cabra insensata, cabra de mis pecados! ¡Ahora te echaré a ti, pero te dejaré hecha una pena, para que no vuelvas a engañar a un honrado sastre en tu vida.

Subió a su casa, cogió la navaja de afeitar, enjabonó a la cabra la cabeza y se la dejó monda y lironda. Y luego le dio una tunda con el látigo, hasta que la cabra se pudo soltar y salió corriendo.

El sastre se quedó sólo. El sastre se quedó muy triste, y se acordaba mucho de sus pobres hijos. Y nadie le podía decir dónde estaban sus tres hijos.

El mayor había ido de aprendiz a casa de un carpintero, y estaba aprendiendo el oficio; cuando ya lo supo bien, su maestro le regaló una mesita. Parecía una mesita corriente, pero era una mesa mágica. Cuando la ponían en el suelo y decían: “¡Mesita cúbrete!”, la mesa se cubría con un mantel blanco, y aparecían encima del mantel un plato, cuchillo y tenedor, y un montón de fuentes con comida riquísima, y un gran vaso de vino tinto del mejor. El chico pensó: “Con esto me basta ya para toda la vida”, y se fue por el mundo, contento como unas pascuas; ya no tenía que preocuparse si en las posadas daban de comer bien o mal. En cuanto tenía hambre, decía: “¡Mesita, cúbrete!”, y en la mesa aparecía lo que más le gustaba.

Pasó el tiempo, y al muchacho le entraron ganas de volver a casa de su padre. Pensaba que el sastre se le habría pasado en enfado y que le recibiría bien al ver la mesita mágica.

Iba ya hacia su casa, cuando una noche llegó a una posada que estaba llena de gente; le invitaron a cenar, pero él dijo:

-Muchas gracias, pero voy a invitaros yo.

Los que estaban en la posada se echaron a reír, pensando que aquel chico pobre se estaba burlando de ellos; pero el carpintero puso su mesita en medio del comedor, y dijo: "¡Mesita, cúbrete!"

Y, de repente, la mesa se cubrió con un mantel blanco, y aparecieron sobre el mantel fuentes llenas de comida tan rica, que el posadero no salía de su asombro; el olorcillo de aquellos platos les abrió el apetito a todos los huéspedes.

-¡Coman, amigos! –dijo el carpintero. Se alegraron mucho y todos se sentaron a comer. Estaban asombrados al ver que en cuanto una fuente se terminaba, aparecía otra llena.

El dueño de la posada estaba callado en un rincón, pero pensaba: "Vaya, un cocinero así me vendría estupendamente".

El carpintero y sus amigos estuvieron comiendo y bebiendo hasta la noche, y ya tarde se fueron a dormir, el carpintero dejó su mesita mágica arrimada a la pared. Y el posadero, piensa que te piensa, recordó que tenía en la buhardilla una muy parecida a aquélla, y el muy pillo, cuando todos dormían, subió despacito, sacó su mesita vieja y la cambió por la del carpintero.

A la mañana siguiente, el carpintero pagó la posada, cogió la mesita, se la echó a la espalda sin pensar que se la habían cambiado, y siguió andando hacia su casa. Llegó al mediodía, y su padre le recibió con mucho cariño y le preguntó:

-¿Qué has aprendido en todo este tiempo, hijo mío?

-Me he hecho carpintero, padre.

-Buen oficio, bueno. Y, ¿qué has traído de tu viaje?

-Padre, lo mejor que he traído es esta mesita.

El sastre dio unas cuantas vueltas mirando la mesita y al fin dijo:

-No es gran cosa esta mesita, francamente. Está bastante vieja y es muy fea.

-Pero es una mesita mágica –dijo el hijo-. Cuando la pongo en el suelo y digo: “Mesita, cúbrete”, aparecen encima de ella las cosas más ricas del mundo. Ya verás, invita a todos nuestros parientes y amigos, y les daremos el mejor banquete de su vida.

El padre llamó a toda aquella gente, y entonces el chico puso la mesa en mitad de la habitación y dijo:

-¡Mesita, cúbrete!

¡Qué desilusión! La mesa se quedó como estaba. El pobre carpintero comprendió que le habían robado su mesa mágica, y se avergonzó mucho al ver que todos creían que les había engañado. Los parientes y amigos se volvieron a sus casas con el estómago vacío; el sastre se quedó muy callado y volvió a coser sus trajes, y el chico se colocó de carpintero con uno del pueblo.

El segundo hijo había ido a un molino a trabajar de ayudante del molinero. Cuando aprendió bien el oficio, le dijo su maestro:

-Te has portado bien, y te voy a regalar un burro muy especial: ni tira del carro, ni lleva sacos auestas.

-¿Para qué sirve ese burro, entonces? –preguntó el chico.

-Este burro... ¡escupe oro! Tú pones un trapo en el suelo, y le dices: “¡Brikibrit!” Y el burro empezará a echar monedas de oro por delante y por

detrás.

-¡Caramba, eso sí que está bien! –dijo el chico-. ¡Muchas gracias, maestro!

Y se marchó por el mundo con un burro encantado. Cuando necesitaba dinero, no tenía más que decir al burro: “Brikibrit”, y con bajarse a coger del suelo las monedas, ya estaba.

Se daba la gran vida, con todo aquel dinero. Y cuando ya llevaba mucho tiempo corriendo mundo, se cansó y dijo:

-Voy a ir a ver a mi padre; seguro que se le habrá pasado el enfado, y cuando vea este burro maravilloso, se alegrará.

Dio la casualidad de que llegó un día a la misma posada donde había estado su hermano el carpintero. El dueño de la posada quiso meter el burro en la cuadra, pero el chico le dijo:

-Gracias, pero mi burro no lo toca nadie más que yo; no quiero perderlo de vista.

El posadero pensó que aquel chico era muy pobre, acostumbrado a cuidar él mismo de su borrico; así que se sorprendió mucho cuando el chico le dio un par de monedas de oro y le encargó que le diera de comer lo mejor que tuviera; después de comer, al ir a pagar, no tenía en el bolsillo más monedas, y dijo al posadero:

-Espere un momento, que voy a buscar más dinero.

Cogió el mantel de la mesa y se fue a la cuadra; el posadero estaba muy intrigado; le siguió, y, al ver que el chico se encerraba en la cuadra con cerrojo, se puso a mirar por un agujero. Y entonces vio que el muchacho ponía el mantel en el suelo, al burro encima y decía “¡Brikibrit!”...y el burro empezaba a echar monedas de oro por delante y por detrás.

*-¡Madre mía! ¡Vaya una manera de ganar dinero! ¡Así da gusto!
–dijo el posadero, maravillado.*

El molinero se fue a acostar, y el posadero, en cuanto pudo, bajó a la cuadra y cambió el burro encantado por uno corriente. A la mañana siguiente, el molinero se levantó, sacó al burro de la cuadra y se marchó a casa de su padre. Llegó al mediodía; y el padre le recibió muy contento.

-¿Qué has hecho todo este tiempo, hijo mío?

-Me he hecho molinero, padre.

-¿Has traído algo de tu viaje?

-No he traído más que un burro.

-Hombre, burros hay aquí bastantes. Me hubiera gustado más una cabra.

-Lo comprendo, padre, pero éste no es un burro corriente; este burro está lleno de oro. No tengo más que decir: “Brikibrit”, y me llena un paño de monedas de oro. Anda, llama a nuestros parientes, que les voy a hacer ricos a todos.

-Vaya, eso me gusta; ya estoy cansado de coser y coser. Me gustaría ser rico de una vez –dijo el padre, y llamó a todos sus parientes.

Cuando llegaron a la casa, el molinerito colocó en el suelo un paño grande y puso encima el burro. Entonces dijo:

–“Brikibrit!”

¡Señor, qué apuro! El burro, que era un animal muy corriente, hizo lo que hacen los burros y los animales corrientes, y manchó mucho el paño ¡Qué vergüenza pasó el molinerito! Comprendió que le habían cambiado el burro, y pidió perdón a sus parientes, que se marcharon tan pobres como habían llegado. El viejo sastre tuvo que seguir cosiendo y cosiendo, y el chico se colocó de ayudante en un molino.

El tercer hermano había ido a casa de un tornero; ser tornero no es fácil, y estuvo mucho tiempo aprendiendo oficio. Sus hermanos le escribieron contándole lo que les habían hecho en la posada, para que no

le engañasen a él también. Cuando el chico terminó de aprender su oficio, su maestro, que estaba contento con él, le regaló un saco y le dijo:

-Aquí, dentro del saco, hay un palo.

-Maestro gracias por el saco, que me puede servir para algo; pero, ¿qué quiere que haga yo con el palo?

-Verás: es un palo maravilloso. Si alguien quiere pegarte, no tienes más que decir: "Palo, fuera", y el palo saldrá del saco y empezará a dar una paliza a la gente. No parará hasta que le digas: "¡Palo, adentro!"

El chico dio las gracias, se echó el saco a la espalda y se fue a correr mundo. Si alguien se le acercaba con malas intenciones, el chico gritaba: "¡Palo fuera!", y el palo zurraba la badana a su enemigo, hasta que el chico le mandaba volver al saco.

Una noche llegó el tornerito a la posada donde habían estado sus hermanos. Dejó su saco sobre la mesa y empezó a contar todo lo que había visto por el mundo.

-En este mundo se ven muchas maravillas: hay mesas encantadas, burros que escupen oro, cosas fantásticas. Pero nada se puede comparar con el tesoro que he ganado yo y que llevo en mi saco.

El posadero se puso a escuchar con mucho interés. ¿Qué sería aquel tesoro? A lo mejor, el saco estaba lleno de piedras preciosas; el ladrón del posadero ya estaba pensando cómo quedárselas.

El tornerito tenía sueño; se tumbó sobre el banco y se puso el saco de almohada; y el posadero, cuando creyó que el chico estaba dormido, empezó a tirar despacito del saco, despacito, para cambiárselo por otro saco. El chico, que estaba esperando aquel momento, gritó de pronto:

-¡Palo, fuera!

Y el palo salió del saco, y empezó a dar una paliza al posadero, que le dejó hecho un pelele. El posadero gritaba:

¡Perdón, perdón!

Y cuando más gritaba, más le pegaba el palo. Por fin, el hombre se cayó al suelo, y el chico le dijo:

-Si no me das la mesita mágica y el burro de oro, el palo te seguirá pegando.

-¡Que no me pegue más, por favor! ¡Te daré todo lo que me pidas!

-Bueno, te perdonaré, pero cuidado con engañarme a mí. ¡Palo, adentro!

El palo se metió dentro del saco, y el posadero respiró tranquilo.

A la mañana siguiente, el tornerito salió de la posada: llevaba la mesita mágica de su hermano mayor y el burro de oro de su segundo hermano. Al llegar a su casa, el sastre se alegró muchísimo y le preguntó qué había hecho por el mundo.

-He aprendido el oficio de tornero, padre.

Buen oficio, buen oficio... Y ¿qué me has traído de tus viajes?

Traigo algo estupendo: un palo dentro de un saco.

-¿Eh? ¿Un palo dentro de un saco? ¡Valiente cosa! Palos tienes por aquí todos los que quieras; puedes cortarlos de cualquier árbol.

Pero no como el mío, padre. Mi palo está encantado, y cuando le digo: "¡Palo fuera!", da una paliza tremenda a quien yo quiera. Y gracias a este palo he traído la mesa mágica y el burro de oro de mis hermanos; se los había robado un posadero, y ahora ya tienen aquí sus tesoros. Llámales, y llama también a nuestros parientes, que les vamos a dar de comer y beber, y a llenarles los bolsillos de monedas de oro.

El viejo sastre no se fiaba demasiado, después de lo que había pasado al llegar sus hijos mayores; pero llamó a sus parientes.

El tornerito puso una sábana en el suelo, debajo del burro, y dijo a su segundo hermano:

-¡Anda, hermano, dile al burro lo que tú sabes!

El molinero dijo:

-¡Brikibrit!

Y el burro soltó una lluvia de monedas de oro, por delante y por detrás. Todos los parientes se tiraron al suelo a coger las monedas, y se llenaron los bolsillos.

Entonces, el tornerito sacó la mesa mágica y dijo a su hermano mayor:

-¡Anda, hermano, entiéndete con ella!

El carpintero dijo:

-¡Mesita cúbrete!

Y la mesa, de repente, se cubrió con un mantel blanco, y con platos y fuentes llenos de las cosas más ricas del mundo. Todos los parientes se dieron un banquetazo, y el sastre estaba tan contento que no sabía qué hacer: estuvieron reunidos hasta la noche, y el sastre guardó en un armario sus agujas y sus hilos y desde entonces vivió como un rey y con sus tres hijos.

Pero ¿qué había pasado mientras tanto con la dichosa cabra, la culpable de la marcha de los tres hijos del sastre? Pues la cabra, muerta de vergüenza porque le habían afeitado la cabeza, se escondió en la cueva de una zorra; y cuando la zorra volvió del campo, vio que dos ojos brillantes la miraban desde el fondo de la cueva, se asustó y se escapó corriendo. Un oso, que la vio correr, le preguntó:

-¡Eh, hermana zorra! ¿Qué te pasa, que tienes esa cara de miedo?

-¡Señor, señor! ¡En mi cueva hay un animal espantoso, con ojos de fuego!

-No te pongas así, mujer. Vamos a echar a esa fiera de tu casa –dijo el oso, y acompañó a la zorra hasta la cueva. Se asomó, miró, vio los ojos que brillaban, le entró miedo a el también y echó a correr como un loco.

-Le vio una abeja, y le preguntó:

-Pero, amigo oso, ¿qué te pasa, que corres así?

-¡Ay, calla, calla! En la cueva de la zorra hay una fiera salvaje, con ojos de fuego. Y no podemos echarla de allí.

-¡Qué bobo eres, oso! Me das pena. Ya ves, tan pequeñita como soy, que ninguno me hacéis caso, y os voy a ayudar.

-Voló a la cueva de la zorra, se posó en la cabeza rapada de la cabra y le picó con tanta fuerza, que la cabra saltó balando: “¡Bee, bee!”, y echó a correr como una loca. Y desde entonces, nadie ha sabido más de ella.

H Los Cuatro Hermanos Ingeniosos

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Había un hombre pobre que tenía cuatro hijos. Cuando se hicieron mayores, les llamó y dijo:

-Hijos míos, ya es hora de que os marchéis por el mundo, porque yo no tengo nada que daros. Id por otras tierras, aprended un oficio y salid adelante como podáis.

Los hermanos se despidieron de su padre y salieron a correr mundo; caminaron algún tiempo, y llegaron a un cruce de caminos que iban hacia cuatro sitios distintos. El hermano mayor dijo:

-Vamos a separarnos aquí mismo, y hasta entonces, cada uno de nosotros buscará fortuna por su cuenta.

Así que los hermanos se fueron cada cual por su lado. El primero se encontró con un hombre, que le preguntó dónde iba y qué buscaba.

-Voy a aprender un oficio –dijo el muchacho.

Y el hombre le dijo:

-Ven conmigo y aprenderás a ser ladrón.

-No, de ninguna manera; ese no es un oficio honrado, y siempre termina en la horca.

-¡Bah, no tengas miedo de la horca! Yo sólo te enseñaré a

apoderarte de lo que nadie puede coger, sin dejar rastro.

Entonces, el muchacho se dejó convencer, se marchó con el hombre y a su lado aprendió a ser ladrón muy hábil, que se apoderaba de todo lo que quería.

El segundo hermano se encontró con otro hombre que le preguntó dónde iba, y él le dijo que todavía no sabía qué oficio escoger. El hombre le dijo entonces:

-Ven conmigo y te enseñaré a ser astrónomo. Es un oficio precioso, y se ve lo que no ven los demás.

Al chico le gustó mucho la idea, y se marchó con el hombre y aprendió muy bien la astronomía. Cuando ya sabía su oficio, su maestro le dio un anteojo maravilloso, y le dijo:

-Con este anteojo podrás ver todo lo que hay en el cielo y en la tierra; no habrá nada que no puedas ver.

El tercer hermano se fue con un cazador que le enseñó todos los secretos de la caza; aprendió muy bien, y al final se despidió de su maestro, que le dio una escopeta y le dijo:

-Con esta escopeta acertarás siempre en el blanco; nunca fallarás el tiro.

Y el más pequeño de los hermanos se encontró también con un caminante, que le preguntó qué buscaba por el mundo; el chico le explicó que quería aprender un buen oficio, y el hombre le dijo:

-No te gustaría ser sastre?

-Me parece que no; me aburriría todo el día sentado, dándole a la aguja. No, francamente no me parece.

-¡Qué bobada! Estas hablando por hablar; yo te enseñaría a ser un sastre distinto de todos los demás; y ganarías mucho dinero y te harías famoso.

El pequeño se dejó convencer, se marchó con el hombre y aprendió a su lado el oficio de sastre y al fin se despidió de su maestro, que le dio una aguja especial y le dijo:

-Mira, con esta aguja puedes coser cualquier cosa, aunque sea dura como el acero; y quedará tan bien, que no se notará la costura.

Pasaron cuatro años, y los hermanos se reunieron en el cruce de caminos donde se habían separado; se dieron muchos abrazos, y juntos volvieron a la casa de su padre.

-¡Qué alegría! –dijo el padre al verlos- ¡Los buenos vientos os han traído a mi lado otra vez!

Los muchachos les contaron todas sus aventuras y lo que habían aprendido. Estaban sentados debajo de un árbol, a la puerta de la casa, y el padre dijo:

-Voy a ver lo que sabéis. Tú, hijo mío, que has aprendido a mirar al cielo, dime si eres capaz de ver los huevos que hay en el nido de aquella rama y dijo:

-En el nido hay cinco huevos.

-Muy bien –dijo el padre-, Pues ahora tú, hijo que presumes de apoderarte con tanta habilidad de las cosas, a ver si puedes coger los huevos sin que se entere la pajarita que los está empollando.

El ladrón subió al árbol, y cogió los huevos sin que la pajarita lo notase siquiera. El padre puso los huevos sobre la mesa, uno en cada esquina y el quinto en el centro, y le dijo al cazador:

-Ahora, a ver si de un tiro partes por la mitad los cinco huevos.

El muchacho apuntó, disparó y partió los cinco huevos de un sólo tiro.

-¡muy bien! –Dijo el padre-. Pues ahora tú, hijo pequeño, a ver si puedes coser los huevos sin que se note que los han partido.

El sastrecillo sacó su aguja y cosió los cinco huevos perfectamente; luego el ladrón los puso otra vez en el nido, sin que la pajarita se enterase de nada, y a los pocos días nacieron los pajarillos, y tenían en el cuello una rayita colorada, que era por donde el sastre había cosido los huevos.

El padre dijo a sus hijos:

-Muy bien, muy bien. Tengo que felicitaros, porque habéis aprovechado el tiempo y habéis aprendido cosas muy útiles. No sé cuál de vosotros es el que vale más; cuando llegue la ocasión ya se verá.

Al poco tiempo todo aquel país estuvo en vilo, porque un dragón había raptado a la hija del rey. El rey estaba desesperado, y se pasaba los días y las noches pensando cómo podría salvar a su hija; al fin mandó pregonar que el que la liberara del dragón se casaría con ella. Los cuatro hermanos, que oyeron el pregón, dijeron:

-Ahora tenemos una buena ocasión de lucirnos.

Decidieron ir en busca de la princesa, y el astrónomo sacó su anteojo, miró hacia todas partes, y de pronto dijo:

-¡Ya la veo, ya la veo! Está muy lejos, en una roca en medio del mar, y a su lado veo al dragón, guardándola.

Entonces fue al palacio del rey, le dijo dónde había visto a su hija y le pidió que le diera un barco para ir con sus hermanos a buscarla. El rey les dio el barco, y los hermanos salieron por el mar, hacia la roca donde estaba la princesa; allí la encontraron sentada, y el dragón estaba dormido con la cabeza apoyada en sus rodillas. El hermano cazador dijo entonces:

-No puedo disparar, porque mataría también a la princesa.

-No te apures, yo voy a intentar una cosa –dijo el ladrón, y empezó a arrastrarse por el suelo con mucho cuidado, y sacó a la princesa de la roca sin que el dragón lo notara. Los muchachos estaban muy contentos, y se

subieron al barco con la princesa, para marcharse en seguida de allí; pero en esto el dragón se despertó, vio que se llevaban la princesa en el barco, se puso furioso y echó a volar dando unos resoplidos espantosos; estaba ya encima del barco, cuando el hermano cazador apuntó bien con su escopeta, y mató al dragón de un tiro en el corazón. Pero como el dragón era enorme, cuando se cayó sobre el barco lo destrozó, y los hermanos y la princesa se quedaron en medio del mar, agarrados a unas tablas, y pensaron que se iban a ahogar. Pero el sastre, en aquel momento, sacó su aguja y cosió unas cuantas tablas, y desde allí fue recogiendo todos los pedazos del barco y los cosió muy bien; al poco rato ya pudieron seguir navegando y al fin llegaron a su tierra.

Cuando el rey vio venir a su hija se puso contentísimo y dijo a los hermanos:

-Uno de vosotros se casará con ella: decid vosotros mismos quién será su esposo.

-¡Yo la vi primero, yo la vi primero con mi antejo! Me casaré yo con ella, porque si no es por mí, no la habiéramos podido salvar.

El ladrón decía:

-¡Yo la saqué de la roca sin que lo notara el dragón! Yo me casaré con ella.

El cazador decía:

-¡Yo maté al dragón! Si no es por mí, a estas horas la princesa y todos nosotros estaríamos muertos. Yo me casaré con ella.

Y el sastrecillo decía:

-¡Yo cosí el barco! Si no lo llevo a coser, estaríamos todos ahogados.

Entonces dijo el rey:

-Ya veo que todos habéis hecho algo para salvar a mi hija; pero como ella no se va a casar con los cuatro, será mejor que no se case con ninguno. Lo que haré será daros a cada uno parte de mi reino.

A los hermanos les pareció muy bien aquella idea, y dijeron:

-Si, es mucho mejor que nos den una parte del reino a cada uno; así no nos peharemos.

Y el rey les dio hermosas tierras y castillos, y todos vivieron contentos con su padre hasta que Dios se los quiso llevar.

El León y los Tres Toros

Por : Esopo



Una vez tres toros hicieron un pacto de amigos y juraron no romperlo, pasara lo que pasara. El pacto consistía en repartirse por partes iguales un pastizal que habían descubierto en los alrededores del bosque, de tal manera que todos pudieran pasear y pastar a su antojo y ninguno invadiera la parte de terreno que les correspondía a los otros dos.

Todo iba muy bien hasta que un día un león hambriento descubrió el pastizal con los tres gordos y cebados animales.

La boca se le hizo agua de sólo verlos y se propuso darse tres succulentos banquetes.

El problema era que nada podría hacer mientras los toros, que eran animales fuertes y poderosos, se mantuvieron unidos. De modo que ideó un astuto plan para enemistarlos entre sí.

Adoptando un aire hipócrita y zalamero, atrajo la atención de cada uno de ellos por separado y lo convenció de que los otros dos se habían

aliado para quitarle su parte del terreno y apoderarse de sus pastos antes de que llegara el invierno.

Los toros ingenuamente le creyeron y se llenaron de desconfianza y recelo entre sí, hasta el punto de no moverse cada uno de su pastizal por temor a que los otros dos se lo quitaran.

En cuanto los vio separados, el león los atacó uno por uno y se dio los tres succulentos banquetes con que había soñado.

“La discordia que divide a los amigos es la mejor arma para los enemigos” Esopo.

Los Dos Caminantes

Por : Jacobo y Guillermo Grimm

Los montes y los valles no pueden mezclarse; pero los hombres buenos y los malos andan juntos muchas veces. Es lo que les pasó a un sastre y un zapatero, que salieron a correr mundo; el sastre era pequeño, guapo, alegre y buenazo. Vio llegar al zapatero, que venía de frente por el camino, y supo que era zapatero por las herramientas que llevaba; y entonces le empezó a cantar una copla en broma:

*♪ ♪ ♪ “Cose la costura,
clava la suela dura,
tira del bramante
y unta bien la pez
por detrás y por delante”*

Pero el zapatero no entendía de bromas; puso cara de vinagre y amenazó al sastrecillo. El sastre no hizo caso, se echó a reír, le ofreció un trago de vino y le dijo:

-No lo tomes a mal, hombre; echa un trago, y te sentirás mejor.

El zapatero bebió el vino, se le empezó a desarrugar la cara y dijo:

-Toma la botella; por poco te la dejo vacía. Todos hablan de lo malos

que son los borrachos, pero no de lo mala que es la sed. ¿Quieres que sigamos caminando juntos?

-Muy bien, amigo; pero vamos a alguna ciudad donde tengamos trabajo.

-Sí, yo también quería llegar a alguna gran ciudad; en los poblachos no se gana nada, y los campesinos prefieren ir descalzos.

Y los dos echaron a andar, anda que te anda por el campo. No tenían prisa, pero tampoco tenían mucho que comer y beber; cuando llegaban a una ciudad, se separaban, cada uno iba a hablar con los de su oficio. Y como el sastre era tan simpático y tenía tan buena cara, todos le recibían muy bien; cuando se reunía luego con su compañero le enseñaba todo lo que le habían regalado, y el zapatero decía:

-Los pícaros como tú siempre tienen suerte.

El sastrecillo se echaba a reír y se ponía a cantar, y repartía con su amigo las cosas que le habían dado; y si tenía dinero, se lo gastaba con alegría.

Así vivieron una buena temporada juntos, y un día llegaron a un bosque muy grande, y por el bosque pasaban dos caminos: uno que llegaba a la capital en siete días, y otro que llegaba en dos días. Los dos caminantes se sentaron bajo un roble, y miraron cuánto pan les quedaba: el zapatero dijo:

-Más vale que sobre que no que falte; yo me llevaré pan para siete días.

Y el sastrecillo dijo:

-¿Vas a ir cargado como un animal, con tanto pan? Yo en Dios, y ya me las arreglaré; tengo algo de dinero, que vale lo mismo en invierno que en verano, y en cambio el pan se seca con el calor. No hay que ser tan desconfiados; llevaremos pan para dos días, y ya verás como damos con el camino más corto.

Entonces cada uno compró el pan que quería llevar, y se metieron en el bosque, sin saber cual era el camino corto o el largo. Era un bosque oscuro y callado como una iglesia; no se oía ni un arroyo, ni un soplo de viento, ni un canto de pájaros; y los árboles tan juntos que no dejaban pasar ni un rayo de sol. El zapatero iba callado y de muy mal humor porque le pesaba mucho el pan que llevaba en su morral; pero el sastrecillo iba ligero y contento, y no hacía más que saltar y silbar, y pensaba: “Estoy seguro de que Dios se alegra al verme tan contento”.

Caminaron por el bosque durante dos días; llegó el tercer día, y el bosque no se terminaba, pero el pan del sastrecillo sí que se terminó. Pero él no se preocupó, porque tenía confianza en Dios y en su suerte. Cuando llegó la noche, se echó a dormir al pie de un árbol, y a la mañana siguiente se despertó con un hambre tremenda. Caminaron el cuarto día; el zapatero se sentó al mediodía a comer su pan, y el sastrecillo se tuvo que contentar con mirar a su compañero; al fin le pidió un pedazo de pan, pero el zapatero se burló de él y le dijo:

-Anda, anda ¿no estás siempre tan alegre? Pues aprende ahora a estar triste, A los pájaros que cantan por la mañana, se los come el milano por la noche.

Era un zapatero duro y sin compasión. Cuando llegó el quinto día, el sastrecillo no tenía fuerzas para seguir andando, y no podía ni hablar; estaba pálido, con muy mala cara, y el zapatero le dijo:

-Hoy te daré un poco de pan, pero te sacaré el ojo derecho.

El pobre sastrecillo se tuvo que aguantar, lloró con los dos ojos por última vez, y luego fue el malvado del zapatero y con un cuchillo le sacó el ojo. El sastre recordó lo que le decía su madre cuando era pequeño y cogía comida de la despensa: “El que come a su gusto, lo paga con un disgusto”.

Se comió aquel trozo de pan que tan caro le había costado, se levantó y pensó que al fin y al cabo podía seguir viendo con un ojo. Pero llegó el sexto día, y volvió a sentir un hambre tan grande que no podía moverse; se echó junto a un árbol, llegó la noche, y a la mañana siguiente no se pudo levantar.

Como soy muy generoso, te daré otro poco de pan; pero no te lo voy a dar de balde, sino que te sacaré el otro ojo.

El sastrecillo comprendió entonces que había sido muy poco previsor, y dijo a su compañero:

-Haz lo que quieras, yo me resignaré. Pero no olvides que Dios te ve y puede castigarte cuando menos lo pienses. Cuando yo tenía comida, dinero y regalos, lo repartí todo contigo. Ahora me quieres dejar ciego, y no podré trabajar nunca más, porque un sastre no puede dar puntadas si no tiene ojos: tendré que pedir limosna. Sólo te pido que, si me dejas ciego, no me abandones en este bosque, porque me moriría de hambre.

Y el zapatero, que era malo y no se acordaba nunca de Dios, sacó su cuchillo y le quitó al sastre el otro ojo; luego le dio un pedazo de pan, le puso una vara en la mano y dejó que le siguiera.

Cuando el sol ya se estaba poniendo, salieron del bosque; había un campo, y en el campo una horca. El zapatero guió hasta allí al sastre, le dejó junto a la horca y se marchó. El sastre estaba tan cansado que se quedó dormido y a la mañana siguiente se despertó y no sabía dónde estaba. En la horca habían colgado a dos ladrones, y dos cuervos se habían posado sobre sus cabezas; y uno de los ahorcados dijo al otro:

-¿Estás despierto hermano?

-Sí, estoy despierto.

-Pues oye: esta noche ha caído rocío, y está goteando desde la horca; este rocío devuelve la vista a los que se lavan con él. Si los ciegos lo

supieran, volverían a ver, cosa que ahora les parecerá imposible.

Al oír aquello el sastrecillo, sacó su pañuelo, lo mojó en la hierba que había debajo de la horca y se lavó los ojos: y en aquel mismo momento, le salieron dos ojos nuevos y sanos, y pudo ver el sol, el campo y la ciudad que había allí enfrente, con sus murallas y sus torres, que tenían cruces de oro en la punta y brillaban desde lejos. Y vio las hojas de los árboles, y los pájaros que volaban, y hasta los mosquitos que bailaban por el aire. Y entonces sacó su aguja y vio que ya podía enhebrarla otra vez, y se puso tan contento que se arrodilló y dio gracias a Dios; y rezó también por los pobres ladrones que estaban colgados en la horca, y que el viento movía como Badajoz de campanas.

Y después se echó el morral a la espalda, se olvidó de lo que había sufrido y se fue hacia la ciudad silbando y cantando.

Y lo primero que se encontró fue un potrillo castaño, que estaba por el campo; lo agarró por las crines para montarse en él y entrar a caballo en la ciudad. Pero el animal le dijo:

-No me lleves, porque soy todavía muy joven y quiero estar libre, y aunque seas pequeño y ligero me harías daño; déjame seguir aquí, y algún día te lo pagaré.

-Anda, echa a correr, locuelo; te comprendo muy bien.

Le pegó unos golpecitos con su vara, y el potrillo dio unos cuantos brincos de alegría y se marchó saltando por el campo.

El sastrecillo no había comido nada desde el día anterior, y pensó: "Ahora veo bien el sol, pero no veo un pedazo de pan; me comería lo primero que encontrara".

Y en esto vio una cigüeña, que andaba muy seria y muy tiesa por el campo.

-¡Eh, quieta ahí! –Dijo el sastrecillo, y la agarró por una pata-. No sé si eres comestible o no, pero tengo mucha hambre y no puedo pararme a escoger. Voy a asarte.

-¡No, por favor, no me ases! –Gritó la cigüeña-. Soy un ave sagrada, y nadie se atreve a hacerme daño. Yo traigo suerte a los hombres, y si te portas bien conmigo, algún día te lo pagaré.

-Bueno, qué le vamos a hacer; vete zanquilarga.

La cigüeña extendió las alas, encogió las patas y echó a volar. Y el sastre dijo:

-¿Qué voy a hacer ahora? Tengo un hambre horrible, y me comería lo primero que viera.

Y en aquel momento vio dos patitos que nadaban en un charco.

-¡Hombre, estos patos me vienen que ni de encargo! –dijo el sastre, y cogió uno. Ya iba a retorcerle el pescuezo, cuando un pato viejo que estaba entre los juncos salió graznando, se acercó con el pico muy abierto y pidió al sastre que no matara a sus hijos.

-¡Pobres hijitos míos, no me los mates! ¡Piensa en lo triste que se pondría tu padre si alguien te matara a ti!

-Tienes razón –dijo el sastrecillo- Anda, llévate a tus hijos.

Dejó a los patitos en el agua, y en esto vio en el hueco de un árbol muchas abejas que entraban y salían.

-¡Vaya, al fin podré comer algo; aquí debe haber buena miel-dijo el sastre.

Pero la abeja reina salió muy enfadada, y le dijo:

-Como toques a mis abejas o nos rompas el panal, te acribillaremos con nuestros agujones; pero si nos dejas tranquilas y te marchas, algún día haremos algo por ti.

El sastrecillo comprendió que tampoco podía comer miel, y se fue hacia la ciudad con el estómago vacío. Era ya el mediodía, y se metió en una posada donde pudo al fin comer. Entonces comprendió que había llegado la hora de ponerse a trabajar, y recorrió la ciudad hasta que encontró un sastre que le tomó a su servicio; y como el sastrecillo era muy trabajador y sabía bien su oficio, se hizo famoso en poco tiempo y todo el mundo le encargaba sus trajes. Y un buen día, el rey le nombró sastre-real.

Pero aquel mismo día habían nombrado zapatero-real a su antiguo compañero de camino; cuando el zapatero le vio y se dio cuenta de que ya no estaba ciego, se asustó y se puso a pensar en el modo de echarle de allí; y una tarde, cuando terminó su trabajo, fue donde el rey y le dijo:

-Señor rey, ese sastre es un fanfarrón, y ha dicho que encontrará la corona de oro que se perdió hace tantos años.

¡Pues ahora mismo le mandaré que la busque, y si no la encuentra tendrá que marcharse de mi ciudad! –dijo el rey.

Y el sastrecillo, cuando supo lo que quería el rey, pensó: “Será mejor que me marche de la ciudad ahora mismo, porque no voy a buscar esa corona que nadie ha podido encontrar nunca”.

Preparó sus cosas y salió de la ciudad, pero cuando cruzó la puerta de la muralla, le dio pena, porque en aquella ciudad estaba ganando mucho dinero y lo pasaba muy bien. Llegó al charco de los patos, y vio al pato viejo que se estaba limpiando las plumas con el pico; el pato le reconoció en seguida y le preguntó por qué andaba tan triste.

El sastrecillo le contó lo que le había pasado, y el pato dijo:

-No te preocupes; eso tiene fácil arreglo. La corona de oro se cayó a este charco, y está todavía en el fondo. Ahora mismo la sacaré; tú pon el pañuelo en la orilla.

Entonces el pato se metió en el agua con sus doce hijos, y a los cinco minutos salieron del fondo. El pato grande llevaba la corona de oro sobre las alas, y sus doce patitos le ayudaban a sostenerla con sus picos. Se acercaron a la orilla, dejaron la corona sobre el pañuelo, y el sol la hizo brillar de un modo maravilloso. El sastrecillo ató la corona en su pañuelo, se la llevó al rey, y el rey se puso contentísimo y le regaló un collar de oro.

Cuando el zapatero vio lo mal que le habían salido las cosas, se puso a pensar en otra trampa para echar de allí al sastre, y un día dijo al rey:

-Señor rey, el sastre sigue siendo un fanfarrón; ahora ha dicho que puede hacer, con cera, un palacio igual a éste, con sus muebles y todo.

El rey llamó al sastre y le dijo que hiciera lo que había dicho; que construyera con cera un palacio igual que el suyo, con todos sus muebles. Y que si no lo conseguía, o faltaba algún detalle, le encerraría en un calabozo para toda la vida.

El sastre pensó que el rey le pedía cosas demasiado difíciles, y recogió sus ropas y se marchó de la ciudad; y cuando llegó al árbol hueco donde estaban las abejas, la reina salió a saludarle y le preguntó por qué andaba tan preocupado. El sastrecillo le contó lo que quería el rey, y la abeja-reina le dijo:

-Vuelve a tu casa, y ven por aquí mañana a esta hora, con un pañuelo grande. Ya verás cómo todo sale bien.

El sastre volvió a la ciudad, y las abejas, mientras tanto, entraron en el palacio por las ventanas y se pusieron a curiosearlo todo; volvieron después a su colmena y empezaron a construir un palacio igualito que el del rey, y lo hacían muy de prisa y muy bien hecho, con todos sus detalles.

Por la tarde ya lo tenían terminado; y cuando fue el sastre, se quedó asombrado al ver lo bien que les había salido, con todas las tejas, y todos los muebles, y aquel olor tan bueno a cera y miel. Lo envolvió con cuidado

en su pañuelo, se lo llevó al rey, y el rey se quedó maravillado y puso el palacio de cera en lo mejor del salón y al sastre le regaló una hermosa casa de piedra.

Pero el zapatero estaba cada vez más rabioso y volvió a decirle al rey:

-Señor rey, ese sastre sigue presumiendo; ahora dice que es capaz de hacer salir una fuente de agua clara en el patio del palacio.

El rey llamó al sastre y le dijo:

-Si mañana no hay en mi patio una fuente de agua abundante y clara, haré que te corten el cabeza allí mismo.

El sastre recogió otra vez sus cosas a toda prisa y se marchó de la ciudad; iba llorando por el campo, cuando se le acercó el potrillo, que ya era un hermoso caballo grande, y le dijo:

-Ahora puedo pagarte el favor que me hiciste; sé lo que te pasa, y te voy a ayudar; móntate en mí, que ya tengo fuerzas para llevar a dos como tú.

El sastre se montó, y el caballo salió galopando hacia la ciudad, entró en el palacio y se puso a dar vueltas por el patio; y a la tercera vuelta, se cayó al suelo, se oyó un ruido terrible, y un trozo de tierra del centro del patio saltó por el aire, y empezó a brotar agua del agujero que había quedado; el agua era clara y subía con fuerza, como un surtidor. El rey, que lo vio, se quedó maravillado; salió al patio abrazó al sastre delante de todo el mundo y se sentó a mirar cómo brillaba el sol en la nueva fuente de su patio.

Pero el zapatero, más envidioso y más rabioso que nunca, ya estaba pensando otra maldad. El rey tenía varias hijas muy guapas, pero no tenía ningún hijo; y al zapatero se le ocurrió ir a decirle:

-Señor rey, ese sastre es cada vez más presumido; ahora dice que, si él quisiera, le traería al rey un hijo volando por el aire.

-El rey llamó al sastrecillo, y le dijo:

-Si me das un hijo antes de nueve días, te podrás casar con mi hija mayor.

Y el sastre pensó: "Eso sería un buen premio, pero no sé cómo voy a conseguirlo. Es demasiado difícil".

Se marchó a su casa, se sentó a pensar, y al fin decidió marcharse de la ciudad, porque no veía la forma de llevarle un hijo al rey. Y cuando llegó a un prado, encontró a su amiga la cigüeña, que se estaba paseando muy seria, y de vez en cuando se paraba, miraba a una rana, se la comía y seguía caminando; cuando la cigüeña vio al sastre, se acercó a saludarle y le dijo:

-Veo que llevas todas tus cosas en el morral. ¿Por qué te marchas de la ciudad?

El sastrecillo le contó lo que quería el rey, y la cigüeña le dijo:

-No te preocupes por eso; llevo siglos dejando niños en esa ciudad, y no me cuesta nada dejar un principito al rey. Vuelve a tu casa y espera tranquilo, y dentro de nueve días te presentas en palacio, que yo iré allí.

El sastre volvió a su casa, y a los nueve días se presentó en el palacio; y en cuanto entró, apareció volando la cigüeña, que llevaba en el pico un niño hermosísimo; la cigüeña llamó a la ventana, el sastre abrió, y cogió al niño y se lo llevó a la reina. La reina se puso contentísima; empezó a besar a su niñito, y se lo enseñó al rey. Y la cigüeña, en su saco de viaje, había llevado también dulces y se los repartieron a las princesas; a la mayor no le dieron golosinas, porque ya era grande, pero, en cambio, le dieron por marido al simpático sastrecillo.

-Es como si me hubiera tocado el premio gordo de la lotería –dijo el

sastre-. Mi madre tenía razón cuando decía que todo se puede conseguir confiando en Dios.

Estaba contentísimo. Y al malvado zapatero le obligaron a hacerle unos zapatos para la boda, y luego le echaron de la ciudad; y cuando iba hacia el bosque, llegó al campo donde estaba la horca, y como estaba tan cansado del calor, y de la rabia que tenía, se tumbó allí a descansar. Y en aquel momento, los dos cuervos que estaban posados en las cabezas de los ahorcados, bajaron volando y le sacaron al zapatero los ojos. El zapatero echó a correr desesperado del dolor y se metió en el bosque, y seguramente se murió allí, porque nadie ha vuelto a verle ni a saber de él desde entonces.

El Pájaro de Oro

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Hace mucho tiempo, vivía un rey que tenía un hermoso jardín detrás de su castillo. En el jardín había un árbol que daba manzanas de oro. Cuando las manzanas empezaban a madurar, las contaban y una mañana vieron que faltaba una manzana. Se lo dijeron al rey, y el rey mandó que todas las noches se quedara uno de sus hijos guardando el árbol. La primera noche se quedó el hijo mayor; pero le entró el sueño, se durmió, y a la mañana siguiente faltaba otra manzana. La segunda noche se quedó de guardia el segundo hijo del rey; y le entró sueño a él también, y mientras dormía desapareció otra manzana.

Le llegó el turno al tercer hijo del rey. Su padre no se fiaba mucho de él, pero por fin le dejó de guardia. El príncipe pequeño se echó debajo del árbol, pero hizo lo posible por no dormirse. Dieron las doce de la noche, se oyó un ruido por el aire; el príncipe miró, y a la luz de la luna vio un pájaro que brillaba como el oro. El pájaro se posó en el árbol, y ya estaba cogiendo una manzana, cuando el príncipe le disparó una flecha, y el pájaro echó a volar; pero la flecha le había rozado, y se le cayó una pluma de oro. El príncipe cogió la pluma, y a la mañana siguiente se la llevó al rey su padre. El rey reunió a su corte y todos vieron la pluma y dijeron que valía muchísimo, más que todo el reino. Entonces dijo el rey:

-Si esta pluma vale tanto, quiero tener el pájaro entero.

El hijo mayor se fue en busca del pájaro de oro, el hijo mayor

se creía muy listo. Se encontró con una zorra, le apuntó con su escopeta, y entonces la zorra le dijo:

-Si no me matas, te diré una cosa: tú vas buscando al pájaro de oro, y esta noche llegarás a un pueblo; en el pueblo hay dos posadas: una tendrá luz, y dentro estarán cantando y bailando. No entres en esa posada, sino en la otra, aunque te parezca muy fea.

-¡ No eres más que un animal estúpido, y no tienes por qué darme consejos ;

El príncipe se burló de la zorra, volvió a apuntar y disparó; pero no acertó, y la zorra se escapó por el bosque, corriendo con el rabo tieso. El príncipe siguió andando; por la noche llegó al pueblo de las dos posadas: una posada estaba encendida, y la otra apagada. Y el príncipe entró en la posada encendida, donde se oían canciones y bailes; se puso a cantar y a bailar, y se olvidó de la zorra, del pájaro de oro y de su padre el rey.

Pasó el tiempo, y el príncipe no volvía al castillo; entonces el segundo hijo del rey se fue a buscar el pájaro de oro. También él se encontró con la zorra, y la zorra le dijo lo mismo que a su hermano; y también aquel príncipe llegó al pueblo y se metió en la posada donde cantaban y bailaban, y allí se quedó con su hermano, de juerga.

Pasó mucho tiempo. El tercer hijo del rey quiso salir a buscar el pájaro de oro, pero su padre no se fiaba mucho de él. Su padre creía que el pequeño era tonto; pero como se empeñaba en ir, le dio permiso.

El príncipe pequeño llegó al bosque, se encontró a la zorra, le apuntó con su escopeta, y la zorra dijo que le perdonara la vida y el príncipe se la perdonó. La zorra se lo agradeció mucho, y le dijo:

-Por bueno, te voy a ayudar. Súbete a mi rabo, y así llagarás antes.

El príncipe se subió al rabo de la zorra, y ella echó a correr; y corría tanto que se oía silbar el viento. Llegaron al pueblo, el príncipe se bajó del rabo, obedeció a la zorra y se metió a la posada pobre y fea. Durmió allí, y

por la mañana la zorra le estaba esperando y le dijo:

-Ahora te voy a explicar lo que tienes que hacer: iremos siempre en línea recta, y llegarás a un palacio; delante del palacio verás muchos soldados tirados por el suelo; tú no hagas caso, porque los soldados estarán dormidos. Pasa entre ellos, métete en el palacio y atraviesa todas las habitaciones, hasta que llegues a una muy pequeña; allí verás al pájaro de oro en una jaula de madera. Al lado habrá una jaula de oro, vacía; no cambies al pájaro de jaula porque lo pasarías mal.

La zorra estiró el rabo; el príncipe se volvió a montar, y echaron otra vez a correr por el campo. Llegaron al palacio, el príncipe se bajó, caminó en línea recta, y encontró todo lo que había dicho la zorra; atravesó las habitaciones y llegó a la que tenía las jaulas. Y allí por el suelo estaban tres manzanas de oro de su jardín. El príncipe, sin acordarse de los consejos de la zorra, pensó que era una pena que un pájaro tan hermoso estuviera en una jaula tan fea, y lo sacó y lo metió en la jaula de oro. Pero en aquel momento, el pájaro dio un grito terrible; los soldados se despertaron, entraron en el palacio y cogieron el príncipe.

A la mañana siguiente, lo llevaron ante los jueces y le condenaron a muerte; pero el rey de aquel palacio dijo que le perdonaría la vida si conseguía llevarle un caballo de oro que corría más que el viento; si el príncipe encontraba el caballo le daría de premio el pájaro de oro.

El pobre príncipe echó a andar por el campo, muy triste, porque no sabía dónde buscar el caballo de oro; pero en esto se encontró con su amiga la zorra, que le dijo:

-¿Ves? Por no hacerme caso. Pero no te apures que te diré cómo puedes encontrar el caballo de oro: tienes que ir en línea recta y encontrarás un castillo; en la cuadra del castillo está el caballo. Delante de la cuadra verás a los criados dormidos, y podrás sacar el caballo; pero fíjate bien en lo que te digo: no le pongas al caballo la silla de oro que hay en la cuadra, sino una silla vieja que está al lado.

La zorra estiró el rabo, el príncipe se montó y echaron a correr por el campo, y corría tanto que oían silbar el viento. Llegaron al castillo, y todo estaba como había dicho la zorra: los criados dormidos delante de la cuadra, y el caballo de oro dentro. Pero el príncipe al ver aquel caballo tan hermoso, no quiso ponerle la silla vieja y le puso la de oro. Y, en aquel momento, el caballo empezó a relinchar como loco. Los criados se despertaron, cogieron preso al príncipe y por la mañana le llevaron delante de los jueces, que le condenaron a muerte. Pero el rey de aquel castillo dijo que le perdonaría la vida y le regalaría el caballo de oro, si le traía a la princesa del Castillo de Oro, que era una princesa muy hermosa.

El pobre príncipe echó a andar por el campo, muy triste, porque no sabía dónde encontrar a la princesa del Castillo de Oro. Pero en esto, se encontró a la zorra.

-¿Lo ves, lo ves? ¡Por no hacerme caso! Pero me das pena y te volveré a ayudar. Este camino va derecho al Castillo de Oro; llegarás al atardecer. Por la noche, la princesa saldrá a bañarse; cuando pase delante de ti, te acercas a ella y le das un beso. Entonces la princesa te seguirá y te la podrás llevar. Pero, escucha bien lo que te digo: que la princesa no se despida de sus padres, porque lo pasarás mal.

La zorra estiró el rabo, el príncipe se montó y echaron a correr; y corrían tan de prisa que oían silbar el viento. Llegaron al Castillo de Oro, y pasó todo lo que había dicho la zorra: la princesa salió a bañarse cuando se hizo de noche, y el príncipe se acercó a ella y le dio un beso. Entonces la princesa dijo que se marcharía con él, pero que tenía que despedirse de sus padres. Al principio el príncipe no quería que fuera, pero ella lloró tanto, que le dio pena y la dejó; y en el momento en que la princesa se acercó a la cama de su padre, aquel rey se despertó y llamó a sus soldados y cogieron preso al príncipe. Por la mañana le dijo el rey:

-Estás condenado a muerte; pero te perdonaré si quitas del medio esa montaña que hay delante de mis ventanas y me tapa la vista. Tendrás

que quitarla en ocho días; si lo consigues, te puedes casar con mi hija.

El pobre príncipe se puso a cavar y a cavar; y a los siete días empezó a desesperarse, al ver lo poco que había adelantado. Pero, por la noche, llegó su amiga la zorra y le dijo:

-¿Lo ves, lo ves? ¡Por no hacerme caso! Bueno, anda; vete a dormir, que yo trabajaré por ti.

Y cuando el príncipe se despertó por la mañana, vio que la montaña había desaparecido. Se puso muy contento, y corrió a decirle al rey que la montaña ya no le taparía la vista; y el rey, a regañadientes, le dejó marcharse con la princesa.

Llevaban un rato andando los dos, cuando se les acercó la zorra:

-Mira, Príncipe; esta princesa es el mejor premio, pero con ella tienes que llevarte el caballo de oro.

-¿Cómo me lo darán?

-Lleva a la princesa al castillo donde está el caballo; el rey se pondrá muy contento al verla y te dará el caballo de oro. Te montas en el caballo, y vas dando la mano a todos, para despedirte; cuando des la mano a la princesa, la subes al caballo de un tirón y la montas a tu lado; y como el caballo es más ligero que el viento, nadie os podrá alcanzar.

Todo pasó como dijo la zorra: el caballo salió al galope y su dueño el rey no pudo alcanzar al príncipe y a la princesa. La zorra corría al lado del caballo y dijo al príncipe:

-Ahora vamos a buscar el pájaro de oro. Cuando lleguemos al palacio, la princesa se bajará del caballo y yo cuidaré de ella; tu llevas el caballo al rey, que se pondrá muy contento y te regalará el pájaro de oro. Y entonces, pones el caballo al galope y recoges a la princesa.

Todo salió muy bien; ya tenía el príncipe el pájaro de oro, el caballo de oro y la princesa del Castillo de Oro. Entonces la zorra dijo:

-Tienes que pagarme todos mis servicios.

-Claro, amiga zorra. ¿Qué quieres que te dé?

-Quiero que, al llegar al bosque, me mates de un tiro y me cortes la cabeza y las patas.

-¡Bonita recompensa! No, no puedo hacer eso contigo, zorrita.

-Bueno, como quieras; pero no puedo seguir a tu lado. Voy a darte el último consejo: no compres carne de ahorcado, ni te sientes al borde de un pozo.

La zorra se marchó y el príncipe se quedó pensando: “¿Qué cosas tiene este animal! ¿Por qué iba a comprar carne de ahorcado? Y nunca se me ha ocurrido sentarme al lado de un pozo”.

Se fue a caballo con la princesa, y llegaron al pueblo donde se habían quedado sus dos hermanos: había mucho jaleo y mucha gente, y el príncipe oyó decir que iban a ahorcar a dos hombres. Se acercó a la horca, y vio con espanto que eran sus dos hermanos, que no habían hecho más que maldades y se habían arruinado con tantas juergas. El príncipe preguntó cómo podría salvar a sus hermanos, y le dijeron:

-Si pagas por ellos, los puedes salvar; pero ¿A quién se le ocurre salvar a dos malhechores?

El príncipe no hizo caso de lo que decían; pagó por sus hermanos y se los llevó también, camino de su casa. Llegaron al bosque, y los hermanos dijeron:

-Hace mucho calor; vamos a sentarnos al lado de ese pozo, para comer y descansar.

El príncipe pequeño se olvidó del consejo de la zorra, y se sentó al borde del pozo sin sospechar nada; pero los bandidos de sus hermanos le empujaron y le tiraron al pozo; y luego se llevaron a la princesa, al caballo y al pájaro de oro, y se fueron al castillo de su padre.

-¡Padre, mira! ¡Mira lo que traemos! Aquí está el pájaro de oro y además hemos conquistado el caballo de oro y la princesa del Castillo de Oro.

El padre y toda la corte se pusieron contentísimos; pero el caballo no quería comer, el pájaro no cantaba y la princesa no hacía más que llorar.

Sin embargo, el príncipe pequeño no se había ahogado; el pozo estaba seco, y al caer se dio en el musgo blando y no se hizo daño. Lo que no podía era salir. Pero la zorra tampoco le abandonó en aquel apuro, y llegó a todo correr.

-¿Lo ves, lo ves, lo ves? ¡Por no hacerme caso! Bueno, te sacaré de aquí.

Metió el rabo en el pozo, el príncipe se agarró, la zorra tiró fuerte y le sacó.

-Pero ahora ten cuidado, porque tus hermanos no están seguros de que te hayas muerto, y han puesto guardias por todo el bosque para que te maten si te ven.

Al borde del camino había un pobre; el príncipe le dio sus vestidos y se puso los del pobre, y llegó así al palacio de su padre. No le reconoció nadie; pero el pájaro empezó a cantar, el caballo se puso a comer y la princesa dejó de llorar.

*-¿Qué les ha pasado de pronto al pájaro, al caballo y a la princesa?
-preguntó el rey.*

Y la princesa dijo:

-No sé qué me ha pasado. Estaba triste, y de pronto me ha entrado mucha alegría. Es como si hubiera llegado mi verdadero novio.

Y entonces la princesa le contó al rey todo lo que habían hecho los príncipes en el bosque, aunque los dos príncipes mayores le habían

dicho que la matarían si lo contaba. El rey, furioso, llamó a todos los que estaban en el palacio; y también fue el príncipe pequeño, vestido de pobre. La princesa le reconoció enseguida y le abrazó; y a los malos hermanos los condenaron a muerte. El príncipe pequeño se casó con la princesa y heredó el reino de su padre.

¿Qué pasó con la zorra? Pues la zorra se encontró un día en el bosque con el príncipe y le dijo:

-tú ya lo tienes todo, pero yo sigo siendo muy desgraciada, cuando tú me podrías salvar. ¡Mátame de un tiro y córtame la cabeza y las patas!

El príncipe la mató y le cortó la cabeza y las patas; y entonces, la zorra se convirtió en un hombre, que no era otro que el hermano de la princesa del Castillo de Oro; y es que le había hechizado un mago. Desde aquel día todos fueron muy felices.

El Patito Feo

Por : Hans Christian Andersen

¡Qué hermosa estaba la campiña! Había llegado el verano: el trigo estaba amarillo; la avena, verde; la hierba de los prados, cortada ya, quedaba recogida en los pajares, en cuyos tejados se paseaba la cigüeña, con sus largas patas rojas, hablando en egipcio, que era la lengua que le enseñara su madre. Rodeaban los campos y prados grandes bosques, y entre los bosques se escondían lagos profundos. ¡Qué hermosa estaba la campiña! Bañada por el sol levantábase una mansión señorial, rodeada de hondos canales, y desde el muro hasta el agua crecían grandes plantas trepadoras formando una bóveda tan alta que dentro de ella podía estar de pie un niño pequeño, mas por dentro estaba tan enmarañado, que parecía el interior de un bosque. En medio de aquella maleza, una gansa, sentada en el nido, incubaba sus huevos. Estaba ya impaciente, pues ¡tardaban tanto en salir los polluelos, y recibía tan pocas visitas!

Los demás patos preferían nadar por los canales, en vez de entrar a hacerle compañía y charlar un rato.

Por fin empezaron a abrirse los huevos, uno tras otro. «¡Pip, pip!», decían los pequeños; las yemas habían adquirido vida y los patitos asomaban la cabecita por la cáscara rota.

- ¡cuac, cuac! - gritaban con todas sus fuerzas, mirando a todos lados por entre las verdes hojas. La madre los dejaba, pues el verde es bueno para los ojos.

- ¡Qué grande es el mundo! -exclamaron los polluelos, pues ahora tenían mucho más sitio que en el interior del huevo.

- ¿Creéis que todo el mundo es esto? -dijo la madre-. Pues andáis muy equivocados. El mundo se extiende mucho más lejos, hasta el otro lado del jardín, y se mete en el campo del cura, aunque yo nunca he estado allí. ¿Estáis todos? -prosiguió, incorporándose-. Pues no, no los tengo todos; el huevo gordote no se ha abierto aún. ¿Va a tardar mucho? ¡Ya estoy hasta la coronilla de tanto esperar!

- Bueno, ¿qué tal vamos? -preguntó una vieja gansa que venía de visita.

- ¡Este huevo que no termina nunca! -respondió la clueca-. No quiere salir. Pero mira los demás patitos: ¿verdad que son lindos? Todos se parecen a su padre; y el sinvergüenza no viene a verme.

- Déjame ver el huevo que no quiere romper -dijo la vieja-. Créeme, esto es un huevo de pava; también a mi me engañaron una vez, y pasé muchas fatigas con los polluelos, pues le tienen miedo al agua. No pude con él; me desgañité y lo puse verde, pero todo fue inútil. A ver el huevo. Sí, es un huevo de pava. Déjalo y enseña a los otros a nadar.

- Lo empollaré un poquitín más dijo la clueca-. ¡Tanto tiempo he estado encima de él, que bien puedo esperar otro poco!

- ¡Cómo quieras! -contestó la otra, despidiéndose.

Al fin se partió el huevo. «¡Pip, pip!» hizo el polluelo, saliendo de la cáscara. Era gordo y feo; la gansa se quedó mirándolo:

- Es un pato enorme -dijo-; no se parece a ninguno de los otros; ¿será un pavo? Bueno, pronto lo sabremos; del agua no se escapa, aunque tenga que zambullirse a trompazos.

El día siguiente amaneció espléndido; el sol bañaba las verdes hojas de la enramada. La madre se fue con toda su prole al canal y, ¡plas!, se

arrojó al agua. «¡Cuac, cuac!» -gritaba, y un polluelo tras otro se fueron zambullendo también; el agua les cubrió la cabeza, pero enseguida volvieron a salir a flote y se pusieron a nadar tan lindamente. Las patitas se movían por sí solas y todos chapoteaban, incluso el último polluelo gordote y feo.

- Pues no es pavo -dijo la madre-. ¡Fíjate cómo mueve las patas, y qué bien se sostiene! Es hijo mío, no hay duda. En el fondo, si bien se mira, no tiene nada de feo, al contrario. ¡Cuac, cuac! Venid conmigo, os enseñaré el gran mundo, os presentaré a los patos del corral. Pero no os alejéis de mi lado, no fuese que alguien os atropellase; y ¡mucho cuidado con el gato!

Y se encaminaron al corral de los patos, donde había un barullo espantoso, pues dos familias se disputaban una cabeza de anguila. Y al fin fue el gato quien se quedó con ella.

- ¿Veis? Así va el mundo -dijo la gansa madre, afilándose el pico, pues también ella hubiera querido pescar el botín-. ¡Servíos de las patas! y a ver si os despabiláis. Id a hacer una reverencia a aquel pato viejo de allí; es el más ilustre de todos los presentes; es de raza española, por eso está tan gordo. Ved la cinta colorada que lleva en la pata; es la mayor distinción que puede otorgarse a un pato. Es para que no se pierda y para que todos lo reconozcan, personas y animales. ¡Ala, sacudiros! No metáis los pies para dentro. Los patitos bien educados andan con las piernas esparrancadas, como papá y mamá. ¡Así!, ¿veis? Ahora inclinad el cuello y decir: «¡cuac!».

Todos obedecieron, mientras los demás gansos del corral los miraban, diciendo en voz alta:

- ¡Vaya! sólo faltaban éstos; ¡como si no fuésemos ya bastantes! Y, ¡qué asco! Fijaos en aquel pollito: ¡a ése sí que no lo toleramos! -. Y enseguida se adelantó un ganso y le propinó un picotazo en el pescuezo.

- ¡Déjalo en paz! -exclamó la madre-. No molesta a nadie.

- Sí, pero es gordote y extraño -replicó el agresor-; habrá que sacudirlo.

- Tiene usted unos hijos muy guapos, señora -dijo el viejo de la pata vendada-. Lástima de este gordote; ése sí que es un fracaso. Me gustaría que pudiese retocarlo.

- No puede ser, Señorita -dijo la madre-. Cierto que no es hermoso, pero tiene buen corazón y nada tan bien como los demás; incluso diría que mejor. Me figuro que al crecer se arreglará, y que con el tiempo perderá volumen. Estuvo muchos días en el huevo, y por eso ha salido demasiado robusto -. Y con el pico le pellizcó el pescuezo y le alisó el plumaje -. Además, es macho -prosiguió-, así que no importa gran cosa. Estoy segura de que será fuerte y se despabilará.

- Los demás polluelos son encantadores de veras -dijo el viejo-. Considérese usted en casa; y si encuentra una cabeza de anguila, haga el favor de traérmela.

Y de este modo tomaron posesión de la casa.

El pobre patito feo no recibía sino picotazos y empujones, y era el blanco de las burlas de todos, lo mismo de los gansos que de las gallinas. «¡Qué ridículo!», se reían todos, y el pavo, que por haber venido al mundo con espolones se creía el emperador, se henchía como un barco a toda vela y arremetía contra el patito, con la cabeza colorada de rabia. El pobre animalito nunca sabía dónde meterse; estaba muy triste por ser feo y porque era la chacota de todo el corral.

Así transcurrió el primer día; pero en los sucesivos las cosas se pusieron aún peor. Todos acosaban al patito; incluso sus hermanos lo trataban brutalmente, y no cesaban de gritar: - ¡Así te pescara el gato, bicho asqueroso!; y hasta la madre deseaba perderlo de vista. Los patos lo picoteaban; las gallinas lo golpeaban, y la muchacha encargada de repartir el pienso lo apartaba a puntapiés.

Al fin huyó, saltando la cerca; los pajarillos de la maleza se echaron a volar, asustados. «¡Huyen porque soy feo!», dijo el pato, y, cerrando los ojos, siguió corriendo a ciegas. Así llegó hasta el gran pantano, donde habitaban los patos salvajes; cansado y dolorido, pasó allí la noche.

Por la mañana, los patos salvajes, al levantar el vuelo, vieron a su nuevo campañero: - ¿Quién eres? -le preguntaron, y el patito, volviéndose en todas direcciones, los saludó a todos lo mejor que supo.

- ¡Eres un espantajo! -exclamaron los patos-. Pero no nos importa, con tal que no te cases en nuestra familia -. ¡El infeliz! Lo último que pensaba era en casarse, dábase por muy satisfecho con que le permitiesen echarse en el cañaveral y beber un poco de agua del pantano.

Así transcurrieron dos días, al cabo de los cuales se presentaron dos gansos salvajes, machos los dos, para ser más precisos. No hacía mucho que habían salido del cascarón; por eso eran tan impertinentes.

- Oye, compadre -le dijeron-, eres tan feo que te encontramos simpático. ¿Quieres venirte con nosotros y emigrar? Cerca de aquí, en otro pantano, viven unas gansas salvajes muy amables, todas solteras, y saben decir «¡cuac!». A lo mejor tienes éxito, aun siendo tan feo.

¡Pim, pam!, se oyeron dos estampidos: los dos machos cayeron muertos en el cañaveral, y el agua se tiñó de sangre. ¡Pim, pam!, volvió a retumbar, y grandes bandadas de gansos salvajes alzaron el vuelo de entre la maleza, mientras se repetían los disparos. Era una gran cacería; los cazadores rodeaban el cañaveral, y algunos aparecían sentados en las ramas de los árboles que lo dominaban; se formaban nubecillas azuladas por entre el espesor del ramaje, cerniéndose por encima del agua, mientras los perros nadaban en el pantano, ¡Plas, plas!, y juncos y cañas se inclinaban de todos lados. ¡Qué susto para el pobre patito! Inclino la cabeza para meterla bajo el ala, y en aquel mismo momento vio junto a sí un horrible perrazo con medio palmo de lengua fuera y una expresión

atroz en los ojos. Alargó el hocico hacia el patito, le enseñó los agudos dientes y, ¡plas, plas! se alejó sin cogerlo.

- ¡Loado sea Dios! -suspiró el pato-. ¡Soy tan feo que ni el perro quiso morderme!

Y se estuvo muy quietecito, mientras los perdigones silbaban por entre las cañas y seguían sonando los disparos.

Hasta muy avanzado el día no se restableció la calma; mas el pobre seguía sin atreverse a salir. Esperó aún algunas horas: luego echó un vistazo a su alrededor y escapó del pantano a toda la velocidad que le permitieron sus patas. Corrió a través de campos y prados, bajo una tempestad que le hacía muy difícil la huida.

Al anochecer llegó a una pequeña choza de campesinos; estaba tan ruinosa, que no sabía de qué lado caer, y por eso se sostenía en pie. El viento soplaba con tal fuerza contra el patito, que éste tuvo que sentarse sobre la cola para afianzarse y no ser arrastrado. La tormenta arreciaba más y más. Al fin, observó que la puerta se había salido de uno de los goznes y dejaba espacio para colarse en el interior; y esto es lo que hizo.

Vivía en la choza una vieja con su gato y su gallina. El gato, al que llamaba «hijito», sabía arquear el lomo y ronronear, e incluso desprendía chispas si se le frotaba a contrapelo. La gallina tenía las patas muy cortas, y por eso la vieja la llamaba «tortita pati-corta»; pero era muy buena ponedora, y su dueña la quería como a una hija.

Por la mañana se dieron cuenta de que había llegado un forastero, y el gato empezó a ronronear, y la gallina, a cloquear.

- ¿Qué pasa? -dijo la vieja mirando a su alrededor. Como no veía bien, creyó que era un ganso cebado que se habría extraviado-. ¡No se cazan todos los días! -exclamó-. Ahora tendré huevos de pato. ¡Con tal que no sea un macho! Habrá que probarlo.

Y puso al patito a prueba por espacio de tres semanas; pero no salieron huevos. El gato era el mandamás de la casa, y la gallina, la señora, y los dos repetían continuamente: - ¡Nosotros y el mundo! - convencidos de que ellos eran la mitad del universo, y aún la mejor. El patito pensaba que podía opinarse de otro modo, pero la gallina no le dejaba hablar.

- ¿Sabes poner huevos? -le preguntó.

- No.

- ¡Entonces cierra el pico!

Y el gato:

- ¿Sabes doblar el espinazo y ronronear y echar chispas?

- No.

- Entonces no puedes opinar cuando hablan personas de talento.

El patito fue a acurrucarse en un rincón, malhumorado. De pronto acordóse del aire libre y de la luz del sol, y le entraron tales deseos de irse a nadar al agua, que no pudo reprimirse y se lo dijo a la gallina.

- ¿Qué mosca te ha picado? -le replicó ésta-. Como no tienes ninguna ocupación, te entran estos antojos. ¡Pon huevos o ronronea, verás como se te pasan!

- ¡Pero es tan hermoso nadar! -insistió el patito-. ¡Da tanto gusto zambullirse de cabeza hasta tocar el fondo!

- ¡Hay gustos que merecen palos! -respondió la gallina-. Creo que has perdido la chaveta. Pregunta al gato, que es la persona más sabia que conozco, si le gusta nadar o zambullirse en el agua. Y ya no hablo de mí. Pregúntalo si quieres a la dueña, la vieja; en el mundo entero no hay nadie más inteligente. ¿Crees que le apetece nadar y meterse en el agua?

- ¡No me comprendéis! -suspiró el patito.

- ¿Qué no te comprendemos? ¿Quién lo hará, entonces? No pretenderás ser más listo que el gato y la mujer, ¡y no hablemos ya de mí! No tengas esos humos, criatura, y da gracias al Creador por las cosas buenas que te ha dado. ¿No vives en una habitación bien calentita, en compañía de quien puede enseñarte mucho? Pero eres un charlatán y no da gusto tratar contigo. Créeme, es por tu bien que te digo cosas desagradables; ahí se conoce a los verdaderos amigos. Procura poner huevos o ronronear, o aprende a despedir chispas.

- Creo que me marcharé por esos mundos de Dios -dijo el patito.

- Es lo mejor que puedes hacer -respondió la gallina.

Y el patito se marchó; se fue al agua, a nadar y zambullirse, pero, todos los animales lo despreciaban por su fealdad.

Llegó el otoño: en el bosque, las hojas se volvieron amarillas y pardas, y el viento las arrancaba y arremolinaba, mientras el aire iba enfriándose por momentos; cerníanse las nubes, llenas de granizo y nieve, y un cuervo, posado en la valla, gritaba: «¡au, au!», de puro frío. Sólo de pensarlo le entran a uno escalofríos. El pobre patito lo pasaba muy mal, realmente.

Un atardecer, cuando el sol se ponía ya, llegó toda una bandada de grandes y magníficas aves, que salieron de entre los matorrales; nunca había visto nuestro pato aves tan espléndidas. Su blancura deslumbraba y tenían largos y flexibles cuellos; eran cisnes. Su chillido era extraordinario, y, desplegando las largas alas majestuosas, emprendieron el vuelo, marchándose de aquellas tierras frías hacia otras más cálidas y hacia lagos despejados. Eleváronse a gran altura, y el feo patito experimentó una sensación extraña; giró en el agua como una rueda, y, alargando el cuello hacia ellas, soltó un grito tan fuerte y raro, que él mismo se asustó. ¡Ay!, no podía olvidar aquellas aves hermosas y felices, y en cuanto dejó de verlas, se hundió hasta el fondo del pantano. Al volver a la superficie estaba como fuera de sí. Ignoraba su nombre y hacia donde se dirigían,

y, no, obstante, sentía un gran afecto por ellas, como no lo había sentido, por nadie. No las envidiaba. ¡Cómo se le hubiera podido ocurrir el deseo de ser como ellas! Habríase dado por muy satisfecho con que lo hubiesen tolerado los patos, ¡pobrecillo!, feo como era.

Era invierno, y el frío arreciaba; el patito se veía forzado a nadar sin descanso para no entumecerse; mas, por la noche, el agujero en que flotaba se reducía progresivamente. Helaba tanto, que se podía oír el crujido del hielo; el animalito tenía que estar moviendo constantemente las patas para impedir que se cerrase el agua, hasta que lo rindió el cansancio, y, al quedarse quieto, lo aprisionó el hielo.

Por la mañana llegó un campesino, y, al darse cuenta de lo ocurrido, rompió el hielo con un zueco y, cogiendo el patito, lo llevó a su mujer. En la casa se reanimó el animal.

Los niños querían jugar con él, pero el patito, creyendo que iban a maltratarlo, saltó asustado en medio de la lechera, salpicando de leche toda la habitación. La mujer se puso a gritar y a agitar las manos, con lo que el ave se metió de un salto en la mantequera, y, de ella, en el jarro de la leche ¡y yo qué sé dónde! ¡Qué confusión! La mujer lo perseguía gritando y blandiendo las tenazas; los chiquillos corrían, saltando por encima de los trastos, para cazarlo, entre risas y barullo. Suerte que la puerta estaba abierta y pudo refugiarse entre las ramas, en la nieve recién caída. Allí se quedó, rendido.

Sería demasiado triste narrar todas las privaciones y la miseria que hubo de sufrir nuestro patito durante aquel duro invierno.

Lo pasó en el pantano, entre las cañas, y allí lo encontró el sol cuando volvió el buen tiempo. Las alondras cantaban, y despertó, espléndida, la primavera.

Entonces el patito pudo batir de nuevo las alas, que zumbaron con mayor intensidad que antes y lo sostuvieron con más fuerza; y antes de que pudiera darse cuenta, encontrose en un gran jardín, donde los

manzanos estaban en flor, y las fragantes lilas curvaban sus largas ramas verdes sobre los tortuosos canales. ¡Oh, aquello sí que era hermoso, con el frescor de la primavera! De entre las matas salieron en aquel momento tres preciosos cisnes aleteando y flotando levemente en el agua. El patito reconoció a aquellas bellas aves y se sintió acometido de una extraña tristeza.

- ¡Quiero irme con ellos, volar al lado de esas aves espléndidas! Me matarán a picotazos por mi osadía: feo como soy, no debería acercarme a ellos. Pero iré, pase lo que pase. Mejor ser muerto por ellos que verme vejado por los patos, aporreado por los pollos, rechazado por la criada del corral y verme obligado a sufrir privaciones en invierno-. Con un par de aletazos se posó en el agua, y nadó hacia los hermosos cisnes. Éstos al verle, corrieron a su encuentro con gran ruido de plumas. - ¡Matadme! -gritó el animalito, agachando la cabeza y aguardando el golpe fatal. Pero, ¿qué es lo que vio reflejado en la límpida agua? Era su propia imagen; vio que no era un ave desgarrado, torpe y de color negruzco, fea y repelente, sino un cisne como aquéllos.

¡Qué importa haber nacido en un corral de patos, cuando se ha salido de un huevo de cisne!

Entonces recordó con gozo todas las penalidades y privaciones pasadas; sólo ahora comprendía su felicidad, ante la magnificencia que lo rodeaba.

Los cisnes mayores describían círculos a su alrededor, acariciándolo con el pico.

Presentáronse luego en el jardín varios niños, que echaron al agua pan y grano, y el más pequeño gritó:

- ¡Hay uno nuevo!

Y sus compañeros, alborozados, exclamaron también, haciéndole coro:

- ¡Sí, ha venido uno nuevo!

Y todo fueron aplausos, y bailes, y brincos; y corriendo luego al encuentro de sus padres, volvieron a poco con pan y bollos, que echaron al agua, mientras exclamaban:

- El nuevo es el más bonito; ¡tan joven y precioso! -. Y los cisnes mayores se inclinaron ante él.

Pero él se sentía avergonzado, y ocultó la cabeza bajo el ala; no sabía qué hacer, ¡era tan feliz!, pero ni pizca de orgulloso. Recordaba las vejaciones y persecuciones de que había sido objeto, y he aquí que ahora decían que era la más hermosa entre las aves hermosas del mundo. Hasta las lilas bajaron sus ramas a su encuentro, y el sol brilló, tibio y suave. Crujieron entonces sus plumas, irguióse su esbelto cuello y, rebosante el corazón, exclamó:

- ¡Cómo podía soñar tanta felicidad, cuando no era más que un patito feo!.

Caperucita Roja

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Había una niña tan buena y tan cariñosa, que todos la querían; y la que más la quería era su abuelita. La abuelita ya no sabía que regalar a su nieta: la mimaba muchísimo. Una vez le regaló una gorrita de terciopelo rojo; la niña estaba muy bonita con ella, y no se la quitaba nunca. Y la gente le empezó a llamar Caperucita Roja.

Un día, su madre le dijo:

-Ven, Caperucita, quiero que lleves a la abuela este pastel y esta botella de vino. La pobre abuelita está mala, y hay que darle cosas ricas para que se ponga fuerte. Será mejor que te vayas ahora, antes de que haga más calor; no corras ni salgas del camino, no se vaya a romper la botella y la abuelita se quede sin vino. Y cuando llegues a su casa, no empieces a curiosear por todos los rincones; di primero buenos días, como una niña bien educada.

-Descuida madre; haré bien el recado –dijo Caperucita.

La abuela vivía lejos, en el bosque, a media hora del pueblo; y cuando Caperucita entró en el bosque se encontró con el lobo. Caperucita no sabía que el lobo era malo, y no se asustó.

-Buenos días Caperucita -dijo el lobo.

-Buenos días lobo –dijo Caperucita.

-¿Dónde vas tan de mañana? –le preguntó el lobo.

-Voy a casa de mi abuelita –contestó Caperucita.

-¿Qué llevas en el delantal? –preguntó el lobo.

-Llevo un pastel y vino para mi abuelita, que está mala.

-¿Dónde vive tu abuelita?

-Vive aquí en el bosque, junto a los tres robles grandes, al lado de los avellanos; seguro que has visto su casa.

Y el lobo pensó: “¡Qué gordita es esta niña, y qué tierna debe ser! Estará mucho más rica que su abuelita. Voy a ver si me las como a las dos”.

El lobo caminó un rato al lado de Caperucita, y luego dijo:

-Caperucita, mira qué flores más bonitas hay por aquí. ¿Por qué no llevas algunas a tu abuela?

Caperucita miró las flores; estaban preciosas allí en el bosque, al sol.

-Sí, lobo, tienes razón; voy a coger un ramo para mi abuelita. Es muy temprano y tengo tiempo.

Salió del camino y empezó a coger flores; y siempre veía una flor todavía más bonita un poco más allá, y de esta manera se fue alejando del camino, y el lobo echó a correr para llegar antes a casa de la abuela; llegó y llamó:

-¿Quién llama? –preguntó la abuela.

-Soy Caperucita, y te traigo pastel y vino. ¡Ábreme, abuelita!

-¡Corre el cerrojo! Yo estoy muy floja y no me puedo levantar.

El lobo corrió el cerrojo, abrió la puerta, saltó hacia la cama de la abuela y se la tragó. Y luego se puso su ropa, se ató su gorro, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Caperucita, en el bosque, tenía ya un ramo muy grande; no le cabía ni una flor más. Echó a correr y llegó a la casa de su abuela. Le extrañó ver la puerta abierta; y al entrar en la habitación, sin saber por qué, se asustó un poco, y pensó:

“¡Qué raro! No sé por qué estoy asustada, con lo que me gusta venir a casa de la abuela”

Y entonces se acercó a la cama y dijo:

-Abuelita, buenos días.

Nadie le contestó; la niña descorrió las cortinas de la cama, y allí vio a su abuela muy tapada y con el gorro de dormir metido hasta las narices.

-Abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!

-Para oírte mejor...

-Abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

-Para verte mejor...

-Abuelita, ¡qué manos tan grandes tienes!

-¡Para cogerte mejor!

-¡Ay, abuelita! ¡Qué boca tan grande tienes!

-¡Para comerte mejor!

El lobo dio un salto y ¡se tragó a Caperucita! Ya había comido bien, y se volvió a meter en la cama y se quedó dormido. Empezó a roncar, a roncar con unos ronquidos tremendos, y un cazador que pasaba por allí, al oír aquellos ronquidos, pensó: “¡Caramba con la abuelita, qué manera de roncar! Voy a entrar, no sea que se encuentre mal”.

El cazador entró, se acercó a la cama, vio al lobo dormido y dijo:

-¡Ya te contaré, viejo bribón! ¡Con el tiempo que llevaba buscándote!

El cazador iba a matar al lobo de un tiro; pero de pronto pensó que a lo mejor el lobo se había comido a la abuela, y en lugar de disparar su escopeta, buscó unas tijeras y le abrió al lobo la barriga, por si la abuela estaba aún viva. Y, al primer tijerazo, vio una cosa roja, y era caperucita; y en seguida salió la niña, gritando:

-¡Ay qué susto más grande! ¡Ay, qué oscuro estaba en la barriga del lobo!

Y la abuelita salió también, medio muerta de miedo. Caperucita buscó en seguida piedras bien grandes, le rellenó al lobo la barriga de piedras, y cuando el lobo se despertó y quiso echar a correr, se cayó al suelo, porque las piedras pesaban mucho. Se cayó, reventó y se murió. Y Caperucita, la abuela y el cazador se pusieron muy contentos; el cazador se quedó con la piel del lobo; la abuela se comió el pastel y se bebió el vino, y se puso buena. Y Caperucita dijo:

-Ya no volveré a desobedecer a mi madre, y no saldré del camino cuando vaya sola por el bosque.

Yorinda y Yoringuel

Por : Jacobo y Guillermo Grimm



Había un castillo muy viejo en medio de un bosque muy grande y oscuro; y en el castillo vivía sola una bruja. De día, la bruja se convertía en gato o en lechuza; de noche, volvía a su forma de vieja. La bruja tenía el poder de atraer a los pájaros y a las fieras, y se los comía; y si alguien se acercaba al castillo, se quedaba encantado y sin poderse mover, hasta que la bruja le dejaba marcharse. Y si se acercaba alguna niña, la bruja la convertía en pájaro, la metía en una jaula de mimbre y llevaba la jaula a un cuartito del castillo. Tenía más de siete mil jaulas con niñas convertidas en pájaros.

Había también en aquel tiempo una niña llamada Yorinda: era más hermosa que todas las niñas de su tierra, y quería mucho a un joven que se llamaba Yoringuel, que pensaba casarse con ella. Les gustaba estar juntos, y un día se fueron a pasear al bosque. Yoringuel dijo a la niña:

–No te acerques nunca al castillo.

Era una tarde hermosa; el sol brillaba entre los árboles del bosque, y las hojas estaban doradas y verdes, y una tórtola cantaba en las ramas de un árbol viejo. De pronto, Yorinda empezó a ponerse triste, triste, sin saber por qué, y empezó a llorar. Y Yoringuel se puso a llorar también; se habían perdido, no sabían cómo volver y tenían miedo del bosque. El sol ya se estaba poniendo; Yoringuel miró

a su alrededor y vio entre los árboles, allí, muy cerca de ellos, el muro del castillo. Yoringuel se asustó, y Yorinda empezó a cantar:

♪ ♪ ♪ “Pajarillo rojo,
canta en la rama.
¡Cómo canta a la muerte
del que más ama!
¡Ay, amor!”

Yoringuel miró a Yorinda; la niña se había convertido en un ruiseñor, y ya no cantaba con palabras, sino con trinos y silbidos. Pasó una lechuza de ojos de fuego, voló tres veces sobre ellos y chilló: “¡Chiú, Chiú, Chiú!” Yoringuel no podía moverse: estaba allí como una piedra,

y no podía llorar, no podía gritar, no podía mover ni una mano ni un pie.

El sol ya se había puesto; la lechuza se escondió en unas matas, y de las matas salió una vieja flaca, jorobada y espantosa, con ojos colorados y nariz puntiaguda que casi tocaba con la barbilla; la vieja iba rezongando, se agachó, cogió al ruiseñor y se lo llevó en la mano.

Yoringuel vio como se llevaba la vieja al ruiseñor, y no podía hablar, no podía moverse. Luego la vieja volvió y dijo con una voz horrible:

–¡Hola, Zaquiel! Cuando brille la lunita en la cestita, desata, Zaquiel, y que te vaya bien. Yoringuel sintió entonces que podía moverse; se

arrodilló delante de la vieja y le pidió que le devolviera a Yorinda; Pero la bruja le dijo que no vería a la niña nunca más, y se marchó. Yoringuel gritó, lloró, llamó a la vieja; pero no le sirvió de nada. Yoringuel echó a andar y al fin llegó a un pueblecito que no había visto nunca; se quedó allí mucho tiempo, de pastor.

Iba a veces con sus ovejas hacia el castillo, pero no se atrevía a acercarse demasiado. Y una noche, soñó que encontraba una flor muy roja, que tenía entre las hojas una perla grande: él arrancaba la flor, iba hacia el castillo, y todo lo que tocaba con la flor se desencantaba; y soñó que con la flor desencantaba también a Yorinda.

Cuando se despertó, empezó a buscar por los montes y los valles la flor roja; y al noveno día la encontró: era roja como la sangre, y en el centro tenía una gota de rocío, grande como la perla más hermosa. Cortó la flor y la llevó día y noche, hasta que llegó al castillo. Y cuando estuvo a cien pasos del castillo, no se quedó encantado, sino que pudo seguir; llegó a la puerta, la tocó con la flor, y la puerta se abrió. Yoringuel entró en el patio del castillo, se puso a escuchar y al fin oyó a los pájaros encantados; fue a buscarlos, y se encontró con la bruja, que estaba dando de comer a los siete mil pájaros de las siete mil jaulas. Cuando la bruja vio a Yoringuel, ¡cómo se puso, qué gritos dio! Chillaba, Insultaba a Yoringuel, le escupía veneno... pero Yoringuel tenía la flor en la mano, y la bruja no podía acercarse a él.

Yoringuel miró todas las aquellas jaulas: ¿Cuál de los pájaros sería Yorinda? Y en esto vio que la bruja se llevaba con disimulo una de las jaulas hacia la puerta; Yoringuel dio un salto, tocó la jaula con la flor, y tocó también a la bruja. La bruja perdió en aquel momento su poder de hechizar; el pájaro de la jaula se convirtió en Yorinda; Yoringuel la abrazó, y luego fue desencantando a todos los otros pájaros, que se convirtieron en niñas y se marcharon con Yorinda y Yoringuel, y todos volvieron a sus casas muy felices.

Cuento Terapéutico Subliminal para dormir a los Enanos y las Enanas

Por : Juan Carlos Campos Sagaseda (Koldo)



Erase que era un simpático ratoncito que cansado y con sueño luego de un día de mucho ajetreo, deambulaba por la casa en que vivía en busca de cena.

Debajo de la mesa de la cocina encontró un succulento pedazo de queso que se llevó hasta la alfombra, dispuesto a comérselo cómodamente.

Sin embargo, pudo más el sueño, y tras algunos bostezos, todavía con el queso entre los dientes, se quedó dormido.

Tan profundamente dormía que ni siquiera lo despertó la llegada de su más enconada enemiga: la gata.

Era una enorme gata de caminar ligero y elegante que en cuanto vio al ratón se relamió de gusto. Para una felina hambrienta no hay mejor bocado que un rollizo ratón.

Pero era tanto el sueño de la gata que optó por acostarse junto al ratón y dormir un rato. Siempre tendría tiempo cuando se despertara de comerse al roedor. Abrió sus fauces en un bostezo interminable y hecha un ovillo la gata cerró los ojos y se durmió.

Acertó a pasar por allí un perro de malas pulgas que al descubrir a la indefensa gata, sonrió complacido. Hacía mucho tiempo que no tenía un pleito con una gata.

Pero se estaba cayendo de sueño y era preferible acostarse a dormir sobre el sofá, que andar de pendenciero.

Así que se estiró perezosamente y luego de bostezar sin pudor ni recato, como si nadie lo estuviera viendo, se durmió plácidamente.

Al poco rato pasó por el lugar una fiera leona de temible aspecto, que al descubrir al perro inmediatamente pensó en devorarlo. Pero era tanto el sueño que aprovechando el resto del sofá y tras los clásicos bostezos, se acomodó quedándose dormida.

Llegó entonces un pesado elefante que al ver dormir a la leona se dispuso a propinarle una trompada. Pero había sido tan largo el viaje desde la selva que prefirió mejor dormir unas horas. Para no ser menos, también el elefante bostezó repetidamente hasta quedar dormido.

Y dormía el ratón y dormía la gata y dormía el perro y dormía la leona y dormía el elefante, cuando sigilosamente para no hacer ruido y despertar a los dormidos y dormidas, entró en la casa Tania.

Tania era la más indómita y experta cazadora de la región. Llevaba con ella una enorme escopeta de dos cañones, capaz de tumbar a un elefante. Nunca en su dilatada vida de cazadora había visto tantas piezas juntas, pero se encontraba muy fatigada luego de perseguir al elefante por toda la selva y se decidió a descansar primero un rato y reponer fuerzas. Se echó sobre la única esquina de la alfombra que todavía no había sido ocupada y fue quedándose dormida lentamente. Entornó los ojos, vencida por el sueño, hasta que sus ronquidos se sumaron a los de los animales.

Tan frecuentes eran los ronquidos y respingos de Tania que el simpático ratoncito se despertó.

Vio la enorme gata durmiendo a su lado y vio también al perro y a la leona y al elefante y a la cazadora... y sintió miedo.

Mejor sería buscar otro lugar menos concurrido. Rápidamente recogió el queso que le quedaba y se fue a dormir a la alcoba de la casa.

Se recostó sobre la cama y una vez acabó su habitual ración de bostezos, volvió a quedarse dormido.

Tan profundamente dormía que ni siquiera lo despertó la llegada de su más enconada enemiga: la gata.

Era una enorme gata de caminar ligero y elegante que en cuanto vio al ratón se relamió de gusto. Para una felina hambrienta no hay mejor bocado que un rollizo ratón.

Pero era tanto el sueño de la gata que optó por acostarse junto al ratón y dormir un rato. Siempre tendría tiempo cuando se despertara de comerse al roedor. Abrió sus fauces en un bostezo interminable y hecha un ovillo la gata cerró los ojos y se durmió.

Acertó a pasar por allí un perro de malas pulgas que al descubrir a la indefensa gata, sonrió complacido. Hacía mucho tiempo que no tenía un pleito con una gata.

Pero se estaba cayendo de sueño y era preferible acostarse a dormir sobre el sofá, que andar de pendenciero.

Así que se estiró perezosamente y luego de bostezar sin pudor ni recato, como si nadie lo estuviera viendo, se durmió plácidamente.

Al poco rato pasó por el lugar una fiera leona de temible aspecto, que al descubrir al perro inmediatamente pensó en devorarlo. Pero era tanto el sueño que aprovechando el resto del sofá y tras los clásicos bostezos, se acomodó quedándose dormida.

Llegó entonces un pesado elefante que al ver dormir a la leona se dispuso a propinarle una trompada. Pero había sido tan largo el viaje desde la selva que prefirió mejor dormir unas horas. Para no ser menos, también el elefante bostezó repetidamente hasta quedar dormido.

Y dormía el ratón y dormía la gata y dormía el perro y dormía la leona y dormía el elefante, cuando sigilosamente para no hacer ruido y

despertar a los dormidos y dormidas, entró en la alcoba Tania.

Tania era la más indómita y experta cazadora de la región. Llevaba con ella una enorme escopeta de dos cañones, capaz de tumbar a un elefante. Sólo una vez en su dilatada vida de cazadora había visto tantas piezas juntas, pero se encontraba muy fatigada luego de perseguir al elefante por toda la selva y se decidió a descansar primero un rato y reponer fuerzas. Se echó sobre la única esquina de la cama que todavía no había sido ocupada y fue quedándose dormida lentamente. Entornó los ojos, vencida por el sueño, hasta que sus ronquidos se sumaron a los de los animales.

Tan frecuentes eran los ronquidos y respingos de Tania que el simpático ratoncito se despertó.

Vio la enorme gata durmiendo a su lado y vio también al perro y a la leona y al elefante y a la cazadora... y sintió miedo.

Mejor sería buscar otro lugar menos concurrido. Rápidamente recogió el queso que le quedaba y se fue a dormir a la despensa.

Se recostó sobre una lata de galletas y una vez acabo su habitual ración de bostezos, volvió a quedarse dormido.

Tan profundamente dormía que ni siquiera lo despertó la llegada de su más enconada enemiga la gata.

En este punto del cuento puede ocurrir que la niña o el niño motivo del relato, ya se hayan dormido, bien sea producto de la interminable sucesión de bostezos o por la tediosidad y aburrimiento de un cuento en que el único monstruo es el autor.

Si así fuera, el cuento ha surtido efecto y usted ha tenido éxito, por lo que sólo le faltaría hacerse un sitio en el perro y la leona o entre el elefante y la gata y entregarse también usted al sueño.

Retahílas

Son frases o versos que se recitan o cantan para jugar o para echar a suerte (ver quien “se queda” o “le toca”).

Las retahílas son útiles para dividir el grupo en subgrupos asegurando que la división se realice al azar.

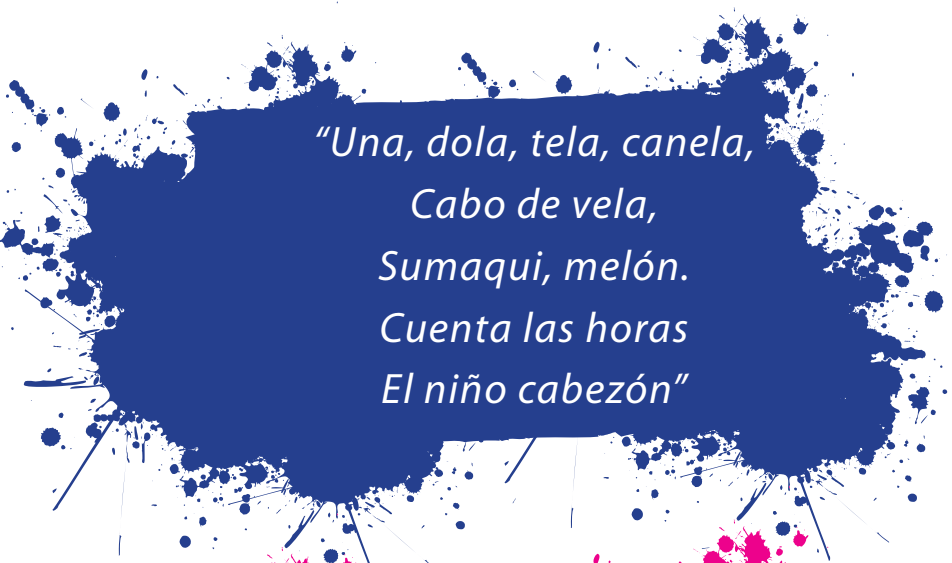
Todas las retahílas se desarrollan de la misma manera:

- 1. Disponga a las jugadoras y jugadores en un círculo.*
- 2. Mientras todos cantan o recitan la retahíla, se señala con el dedo a cada participante en el círculo con cada golpe de voz (sílabas o números).*
- 3. El jugador que está señalado cuando se llega a la última sílaba, donde termina el conteo o el verso, es quien queda escogido/a para formar el grupo.*

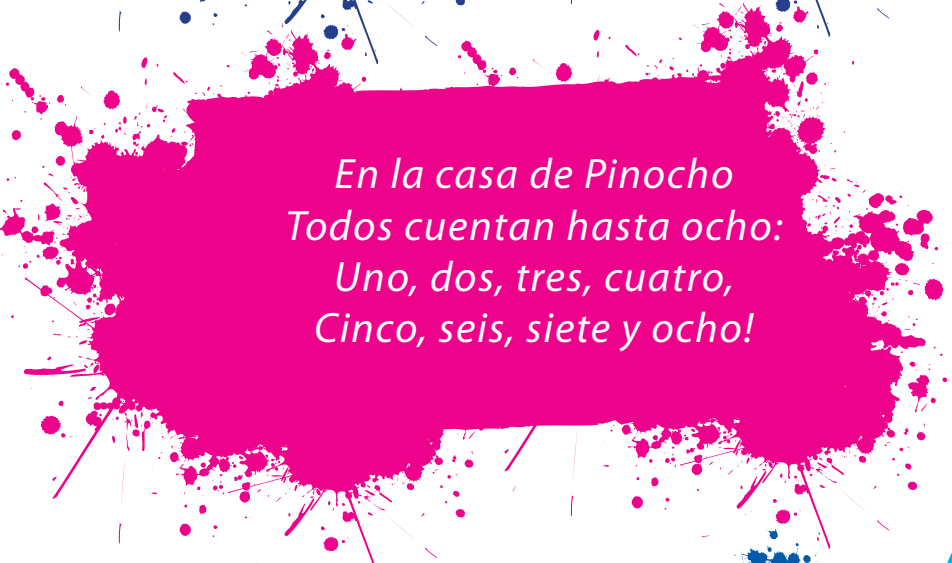
Retahílas

*En un plato de ensalada
Comen todos a la vez
Y jugando a la baraja
Tin Marín de dos pingüé
Cúcara mácara títere fue
Alza la pata caballo blanco
Y mira a ver quién fue
Manzana, manzana, manzana podrida,
Uno, dos, tres y salida.*

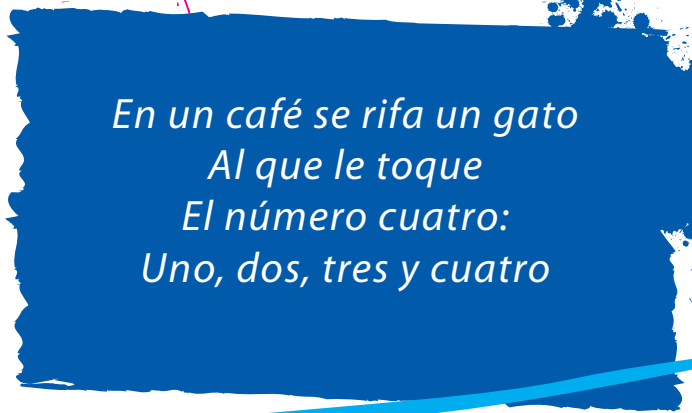
*"Tengo un gallo en la cocina
Que me dice la mentira;
Tengo un gallo en el corral
Que me dice la verdad"*



*"Una, dola, tela, canela,
Cabo de vela,
Sumaqui, melón.
Cuenta las horas
El niño cabezón"*



*En la casa de Pinocho
Todos cuentan hasta ocho:
Uno, dos, tres, cuatro,
Cinco, seis, siete y ocho!*



*En un café se rifa un gato
Al que le toque
El número cuatro:
Uno, dos, tres y cuatro*



*Mi patito fue a las ferias
A comprar un par de medias.
Como medias no había
Mi patito se reía:
Ja, je, ji, jo, ju.
¡Mi patito serás tú!*

*La gallina Francolina
puso un huevo en la cocina.
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro,
puso cinco, puso seis,
puso siete, puso ocho,
puso un pan de bizcocho.*

Trabalenguas

*Los trabalenguas se han hecho para destrabar la lengua,
sin trabas ni mengua alguna.*

*Y si alguna mengua traba tu lengua,
con un trabalenguas podrás destrabar tu lengua.*

Trabalenguas

*Me han dicho
que has dicho un dicho,
un dicho que he dicho yo,
ese dicho que te han dicho
que yo he dicho, no lo he dicho;
y si yo lo hubiera dicho,
estaría muy bien dicho
por haberlo dicho yo.*

*Pepe Peña
pela papa,
pica piña,
pita un pito,
pica piña,
pela papa,
Pepe Peña.*

*Había un perro
debajo de un carro,
vino otro perro
y le mordió el rabo.*

*¡Qué ingenuo es Eugenio!
¡Y qué genio tiene el ingenuo
Eugenio!*

*Pablito clavó un clavito.
Un clavito clavó Pablito.*

Tres tristes tigres triscan trigo en un trigal.

*Mariana Magaña
desenmarañará mañana
la maraña que enmarañara
Mariana Magaña.*

*Buscaba el bosque Francisco,
un vasco bizco, muy brusco,
y al verlo le dijo un chusco,
¿Busca el bosque, vasco bizco?*

*Yo compré pocas copas,
pocas copas yo compré,
como yo compré pocas copas,
pocas copas yo pagué.*

*Cuando cuentes cuentos,
cuenta cuantos cuentos cuentas,
porque si no cuentas cuantos cuentos cuentas,
nunca sabrás cuantos cuentos cuentas tú.*

*Quiero y no quiero querer
a quien no queriendo quiero.
He querido sin querer
y estoy sin querer queriendo.
Si por mucho que te quiero,
quieres que te quiera más,
te quiero más que me quieres
¿que más quieres? ¿quieres más?*



*Paco Peco, chico rico,
le gritaba como loco
a su tío Federico.
Y éste dijo: Poco a poco,
Paco Peco, ¡poco pico!*

*Parra tenía una perra. Guerra tenía una parra.
La perra de Parra subió a la parra de Guerra.
Guerra pegó con la porra a la perra de Parra.*

Y Parra le dijo a Guerra:

¿Por qué ha pegado Guerra con la porra a la perra de Parra?

*Y Guerra le contestó: Si la perra de Parra
no hubiera subido a la parra de Guerra, Guerra no habría
pegado con la porra a la perra de Parra.*

*El que poco coco come,
poco coco compra;
el que poca capa se tapa,
poca capa se compra.
Como yo, poco coco como,
poco coco compro,
y como poca capa me tapo,
poca capa me compro.*



*Una caracachicama con cinco caracachicamitos
Le dicen los caracachicamitos a la caracachicama:
Caracachicama, ¿cuándo nos desencarachicaremos?*



*El perro cachorro de Enrique Becerra
Se enrosca en la ropa,
la enrolla y la enreda*



*Juana Chucema su choza techaba
Y un techador que por allí pasaba le dice:
Juana Chucema, ¿techas tu choca o techas la ajena?
Ni techo mi choza ni techo la ajena
Yo techo la choza de María Chucema*



© **Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia**

Avenida Anacaona No.9, Casa de las Naciones Unidas,
3er. Piso, Mirador Sur, Santo Domingo, República Dominicana

www.unicef.org/republicadominicana
santodomingo@unicef.org